

HORATIOUS BOMAR

¿CÓMO ACERCARSE A DIOS?

INDICE

- I. ¿Cómo acercarse a Dios?
- II. ¿Cuál es mi esperanza?
- III. En mi lugar
- IV. “Después de mucho tiempo”
- V. “No puedo soltarla”
- VI. ¿Hacia dónde? ¿Hacia dónde?
- VII. “El mundo pasará”
- VIII. ¿Qué pasaría si estas cosas fueran verdad?
- IX. Las edades de la vida futura

I

¿CÓMO ACERCARSE A DIOS?

Hemos de ir a Dios con nuestros pecados, porque no tenemos nada más que llevar con nosotros, que podamos decir que sea nuestro. Ésta es una de las lecciones que más nos cuesta aprender; con todo, si no la aprendemos no podemos dar un paso correcto en lo que llamamos una vida religiosa.

El buscar algo bueno en nuestra vida pasada, o el hacer algo bueno ahora, si vemos que el pasado no contiene nada que sea bueno, es la primera idea que tenemos cuando empezamos a inquirir acerca de Dios, con miras a resolver las diferencias que hay entre nosotros y Él en cuanto al perdón de nuestros pecados.

«En su favor hay la vida»; y el estar sin este favor es ser desgraciado aquí, y ser excluidos del gozo del más allá. No hay vida digna de este nombre de no ser la que fluye de su amistad segura. Sin esta amistad, nuestra vida aquí es una carga penosa; pero con esta amistad no tememos ningún mal, y toda aflicción se transforma en gozo.

«¿Cómo voy a ser feliz?» fue la pregunta de un alma atribulada que había probado cien maneras diferentes para llegar a la dicha y había fallado en todas.

«Asegúrate del favor de Dios», fue la respuesta inmediata de uno que había probado, él mismo, que «el Señor es bueno».

«¿No hay ningún otro modo de ser dichoso?» «Ninguno, ninguno», volvió a contestar decidido el otro. «El hombre ha estado intentando seguir otros caminos para conseguirlo desde hace miles de años, y ha fallado completamente; ¿y tú, esperas conseguirlo?»

«No, no; no quiero seguir haciendo pruebas. Pero este favor de Dios me parece una cosa muy nebulosa; Dios está muy lejos, y no sé por dónde ir para llegar a Él.»

«El favor de Dios no es nebuloso ni es ninguna sombra; es mucho más real que las realidades que te rodean; y Él mismo está más cerca de ti que los objetos más cercanos, y su gracia no es menos segura que cercana.»

«Este favor de que me hablas, siempre me ha parecido algo intangible, algo que se me escapa de los dedos.»

«Di más bien que es como el sol, y que, la nube de que hablas, te lo esconde.»
«Sí, sí, creo lo que dices; pero ¿cómo voy a penetrar en esta nube y llegar al sol que hay detrás? ¡Parece muy difícil y requiere mucho tiempo!»

«Tú eres el que hace distante y difícil lo que Dios ha hecho simple, fácil y cercano.»

«¿No hay dificultades? ¿Esto es lo que quiere decir?»

«En un sentido, las hay a miles; en otro, no hay ninguna.»

«¿Qué quieres decir?»

«¿Puso el Hijo de Dios alguna dificultad al camino del pecador cuando dijo a la multitud:

«Venid, a mí, y os haré descansar?»

«No, eso no; lo que quería decir era que todos fueran al instante a Él, allí donde estaba, y donde estaban ellos, y que Él les haría descansar.»

«¿Si hubieras estado en aquel lugar, qué dificultades habrías hallado?»

«Ninguna, claro; el hablar de dificultad estando al lado del Hijo de Dios, habría sido una necesidad, o peor.»

«¿Sugirió el Hijo de Dios alguna dificultad para el pecador cuando Él estaba sentado

junto al pozo de Jacob, al lado de la Samaritana? ¿No fue prevista o eliminada toda dificultad con estas maravillosas palabras de Cristo: "Lo que pidáis, esto os daré?"»

«Sí, sin duda; el pedir y el dar es todo lo que se menciona. Todo el negocio se termina aquí. El tiempo, el espacio; la distancia y la dificultad, no tienen nada que ver con el asunto; el dar iba a seguir al pedir como una cosa natural. Hasta aquí todo está claro. Pero quisiera preguntar: ¿No hay obstáculos ni barreras aquí?»

«Ninguna en absoluto, si el Hijo de Dios vino realmente a salvar a los pecadores; si hubiera venido sólo para aquellos que estaban perdido en parte, o que se podían salvar a sí mismos en parte, la barrera sería infinita. Esto lo admito; es más, insisto en ello.»

«El hecho de estar perdido, pues, ¿no es ninguna barrera para poder ser salvo?»

«Esta pregunta es una pregunta sin sentido y la respuesta ha de ser una analogía. Si tienes sed, ¿va a ser esto un obstáculo para poder aceptar el regalo de un amigo?»

«Es verdad; es la sed lo que me hace apto para el agua, y mi pobreza, para el regalo.»

«Claro, el Hijo del hombre no vino para llamar al arrepentimiento a los justos, sino a los pecadores. ¡Si no eres del todo pecador, entonces aquí hay un obstáculo; pero, si lo eres del todo, entonces no hay ninguno!»

«¿Pecador del todo, completamente? ¿Éste es mi carácter?»

«No lo pongas en duda. Si dudas ve y busca en la Biblia. El testimonio de Dios es que eres del todo un pecador, y los tratos que tengas con El han de ser como tal; y los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos.»

«¡Totalmente pecador, bien!; pero ¿no he de quitarme algunos de los pecados antes de que pueda esperar bendición alguna de Él?»

«En modo alguno; sólo Él puede quitar de ti pecado alguno, aunque sea uno sólo; y tú tienes que acudir a Él con todo lo que tienes de pecaminoso, por mucho que sea. Si tú no fueras del todo un pecador, no necesitarías totalmente a Cristo, porque Él es un Salvador completo; Él no te ayuda a ti a salvarte, ni tú le ayudas a Él a que te salve. Él se hace cargo de todo o de nada. Una salvación a medias sólo tiene interés para los que no están completamente perdidos. «Él mismo llevó nuestros pecados en su cuerpo en el madero» (1 P. 2:24).

Cuando Lutero halló su camino a la paz y libertad de Cristo, se hallaba en una situación semejante a la descrita anteriormente. La historia de su liberación es instructiva, ya que muestra cómo las piedras de tropiezo de la justicia propia son quitados por la exhibición plena del evangelio en su calidad de gratuito, como buenas nuevas del amor de Dios a los que no aman ni pueden ser amados, las buenas nuevas de perdón para el pecador; sin méritos y sin dinero, las buenas nuevas de la PAZ CON DIOS, sólo por medio de la propiciación de Aquel que hizo paz por medio de la sangre de su cruz.

Una de las primeras dificultades de Lutero fue que él creía que tenía que efectuar el arrepentimiento él mismo; y una vez realizado, había de llevar este arrepentimiento como una ofrenda de paz o como una recomendación a Dios. Si este arrepentimiento no podía ser presentado como una recomendación positiva, por lo menos podía ser alegado como atenuante para el castigo.

«¿Cómo puedo creer en el favor de Dios —se decía— en tanto que no hay en mí una conversión real? Tengo que ser cambiado antes que Él pueda recibirme.»

La respuesta que se le dio fue la «conversión», o «arrepentimiento que tanto procuraba, no puede tener lugar en tanto que se considera a Dios como un Juez estricto y distante. Es la bondad de Dios que nos lleva al arrepentimiento (Ro. 2:4), y sin reconocimiento de esta «bondad», no hay modo de que se ablande el corazón. Un pecador impenitente es el que desecha las

riquezas de su bondad y paciencia, y longanimidad.

El consejero experimentado de Lutero le dice de modo simple y claro que tiene que poner de lado todas las penitencias y mortificaciones, y todos los preparativos de justicia propia que le procuren o le compren el favor divino.

Esta voz, nos dice Lutero de modo conmovedor, le pareció como si viniera del cielo: «Todo arrepentimiento verdadero empieza con el conocimiento del amor perdonador de Dios.»

Cuando está escuchando se hace la luz, y le llena un gozo hasta entonces desconocido. ¡No hay nada entre él y Dios! ¡Nada entre él y el perdón! ¡No hay bondad preliminar ni sentimientos preparatorios! Aprende la lección del apóstol: «Cristo murió por los impíos» (Ro. 5:6). «Dios justifica al impío» (Ro. 4:5). Todo el mal que hay en él no puede impedir esta justificación; y toda la bondad que pudiera haber en él (si la hubiera), no le puede ayudar a obtenerla. Tiene que ser recibido como pecador, o no puede ser recibido. El perdón que se le ofrece reconoce sólo su culpa; y la salvación que se le proporciona en la cruz de Cristo, le considera simplemente como perdido.

Pero el sentimiento de culpa es demasiado profundo para ser aquietado con facilidad. El temor regresa, y una vez más va a su anciano consejero clamando: «¡OH, mi pecado, mi pecado!» como si el mensaje de perdón que había recibido recientemente fueran nuevas demasiado buenas para ser verdaderas, y como si pecados como los suyos, no pudieran ser perdonados de un modo tan fácil y simple.

«¿Cómo? ¿Quieres decirme que sólo haces ver que eres un pecador, y que por tanto sólo necesitas a un Salvador que pretenda serlo?»

Así le contestó su venerable amigo y luego añadió solemnemente: «Sabe que Jesucristo es el Salvador de pecadores grandes y reales, que no merecen sino la peor condenación.»

«Pero ¿no es Dios soberano en su amor electivo? —dice Lutero— quizá yo no soy uno de los escogidos.»

«Mira las heridas de Cristo —fue la respuesta— y ve en ellas la gracia que hay en la mente de Dios ara los hijos de los hombres. En Cristo leemos el nombre de Dios, y aprendemos lo que Él es, y cómo Él ama; el Hijo es el que revela al Padre; y el Padre envió al Hijo para ser el Salvador del mundo.»

«Creo en el perdón de los pecados», dijo Lutero a un amigo, un día que estaba enfermo en cama; «pero ¿en qué me afecta esto?».

«Ah —dijo su amigo— ¿no incluye esto tus propios pecados? ¿Crees en el perdón de los pecados de David, en los pecados de Pedro, y por qué no en los tuyos propios? El perdón es tanto para ti como para David y Pedro.»

Así, Lutero halló descanso. El evangelio, creído de esta forma, le dio libertad y paz. Supo que estaba perdonado porque Dios había dicho que el perdón era la posesión inmediata y segura de todos los que creían las buenas nuevas.

En la resolución de esta gran cuestión entre el pecador y Dios, no tenía que haber consideración a precios ni regateos de ninguna clase. La base del acuerdo fue fijada hace diecinueve siglos; y la gran transacción de la cruz hizo todo lo que se necesitaba en cuanto al precio. «Todo ha sido hecho» es el mensaje de Dios a los hijos de los hombres cuando inquieren: «¿Qué tenemos que hacer para ser salvos?» Esta transacción completa hace innecesarios todos los esfuerzos del hombre para salvarse a sí mismo o ayudar a Dios a justificarse. Vemos a Cristo crucificado, y Dios en Cristo reconciliando al mundo a sí, no imputando a los hombres sus faltas; y esta no imputación es el resultado únicamente de lo que fue hecho en la cruz, donde la transferencia de la culpa del pecador al sustituto divino fue hecha de una vez y para siempre. Y

es de esta transacción que el evangelio nos trae las «buenas nuevas», y todo aquel que cree, participa de todos los beneficios asegurados por aquella transacción.

«Pero ¿no estoy en deuda al Espíritu Santo por su obra en mi alma?»

«Indudablemente; porque ¿qué esperanza puede haber para ti sin el Espíritu Todopoderoso, que aviva a los muertos?»

«Si es así, ¿no tendría que esperar sus impulsos, y teniéndolos, no puedo presentar los sentimientos que Él ha obrado en mí como razones de que he sido justificado?»

«En modo alguno. No estás justificado por la obra del Espíritu, sino sólo por la de Cristo; ni son las actividades del Espíritu en ti, la base de tu confianza, o las razones de que esperes perdón del Juez de todos. El Espíritu obra en ti, no para prepararte para ser justificado, o para hacerte apto para el favor de Dios, sino para llevarte a la cruz, tal como eres. Porque la cruz es el único lugar donde Dios trata con misericordia al trasgresor.»

Es en la cruz que somos recibidos por Dios en paz y nos da su favor. Allí no sólo hallamos la sangre que nos limpia, sino también la justicia que nos viste y hermosea, de modo que a partir de entonces somos tratados por Dios como si nuestra propia injusticia hubiera desaparecido y la justicia de su propio Hijo fuera realmente la nuestra.

Esto es lo que el apóstol llama «justicia imputada» (Ro. 4:6, 8, 11, 22, 24), o justicia que es considerada por Dios de tal modo que por medio de ella tenemos a todas las bendiciones que esta justicia puede obtener para nosotros. La justicia que nosotros obtenemos, o que otro pone en nosotros la llamamos infusa, o impartida o inherente; pero la justicia que corresponde a otro y que es considerada por Dios como si fuera nuestra, la llamamos justicia imputada. Es de esta justicia que habla el apóstol, cuando dice: «Vestíos del Señor Jesucristo» (Ro. 13:14; Gá. 3:27). De modo que Cristo nos representa; y Dios trata con nosotros como siendo representados por Él. La justicia dentro seguirá por necesidad y de modo inseparable; pero no hemos de esperar para tenerla antes de ir a Dios para la justicia de su único Hijo Jesucristo.

La justicia imputada tiene que venir primero. No puedes tener la justicia dentro hasta que tengas la justicia fuera; y el hacer tu propia justicia el precio que tú das a Dios por la de su Hijo es deshonorar a Cristo y negar la cruz. La obra del Espíritu no es el hacernos santos a fin de que podamos ser perdonados, sino el mostrarnos la cruz, donde pueden hallar el perdón de los no santos; de modo que, habiéndolo hallado, puedan empezar la vida de santidad a la que han sido llamados.

Lo que Dios presenta al pecador es un perdón inmediato: «No por obras de justicia que nosotros hayamos hecho», sino por la gran obra de justicia cumplida por nuestro Sustituto. Lo que nos califica para obtener esta justicia es que seamos injustos, tal como lo que califica al enfermo para que le vea el médico, es que está enfermo.

El evangelio no dice nada de una bondad previa, o de un perdón preparatorio. De un estado preliminar de sentimiento religioso necesario como introducción a la gracia de Dios, el apóstol, no dice nada. Los temores, las dificultades, las preguntas que uno se hace, los clamores amargos pidiendo misericordia, los presentimientos de juicio, y las resoluciones de enmienda, pueden haber precedido a la recepción de las buenas nuevas por parte del pecador, en cuanto al tiempo; pero no constituyen su aptitud ni le califican. Habría sido bien recibido sin ellas igualmente. No hace su perdón más completo, ni más gratuito, ni más por gracia. La necesidad del pecador era todo su argumento. «Dios, ten misericordia de mí, pecador.» Necesitaba salvación y fue a Dios para conseguirla, y lo obtuvo sin mérito y sin dinero. «Cuando no tenía con qué pagar, Dios le perdonó simplemente.» Fue el hecho de que no tenía con qué pagar que ocasionó el perdón franco y simple. ¡Ah, esto es gracia! «El amor es esto, no que nosotros

hayamos amado a Dios, sino que Él nos amó primero a nosotros.» Él nos amó, aun cuando nosotros estábamos muertos en nuestros delitos y pecados. Él nos amó, no porque éramos ricos en bondad, sino porque El era «rico en misericordia»; no porque nosotros fuéramos dignos de su favor, sino porque Él se deleitó en su bondad. La bienvenida que nos dio procede de su gracia, no de que nosotros seamos dignos de ser amados. «Venid a mí, todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar.» «¡Cristo invita a los cansados! Es este cansancio lo que nos hace aptos para Él, y Él para nosotros. Aquí está nuestro cansancio, allí está nuestro lugar de reposo.» Están uno al lado del otro. Dices: «¿Este lugar de reposo no es para mí?»

¿Qué? ¿No es para *el* cansado? Dices: «Pero no puedo usarlo.» «¿Qué? ¿Quieres decir que estás tan cansado que no puedes descansar?» Si hubieras dicho: «Estoy tan cansado que no puedo estar de pie, que no puedo andar, que no puedo subir», te habría podido entender. Pero, dices: «Estoy tan cansado que no puedo descansar.» Esto es simplemente absurdo, o algo peor, porque haces un mérito y una obra de tu descansar: parece que piensas que el descansar tiene algún mérito, que es hacer algo importante, que requiere un esfuerzo prolongado y prodigioso.

Escucha, pues, las graciosas palabras del Señor: «Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber, tú le habrías pedido a Él, y Él te hubiera dado agua viva» (Jn. 4:10). Tú la habrías pedido y Él te la hubiera dado. Esto es todo. ¡Cuan real, cuan verdadero, cuan simple, cuan gratuito! O, escuchemos la voz del siervo en la persona de Lutero: «OH, mi querido hermano, aprende a conocer a Cristo y a Cristo crucificado. Aprende a cantar un nuevo canto; a dejar por inútil tu obra anterior, y a clamar a Él, Cristo Jesús: «Tú eres mi justicia y yo soy tu pecado. Tú has tomado sobre ti lo que es mío. Tú lo has pasado a ser, y para que yo pudiera ser lo que no era. Cristo habita sólo con los pecadores. Medita con frecuencia en este amor de Dios, y saborearás su dulzura.» Sí; perdón, paz, vida, todos ellos son dones, dones divinos de Dios, presentados personalmente a cada pecador necesitado por el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo. No han de ser comprados, sino recibidos; como los hombres reciben el sol, completamente gratuito. No han de ser ganados ni merecidos con esfuerzos o sufrimientos, u oraciones ni lágrimas; sino aceptados al instante como comprados por el trabajo y sufrimientos del gran Sustituto. No hay que esperar para conseguirlos, sino que han de ser aceptados al instante sin ninguna vacilación o desconfianza, como los hombres aceptan el don de amor de un amigo generoso. No han de ser reclamados a base de aptitud o de bondad, sino de necesidad y de inmerecimiento, de pobreza y de carencia total.

II

¿CUÁL ES MI ESPERANZA?

«Esperaba para este tiempo estar arriba del todo», dijo un anciano que había empezado a andar una mañana de otoño subiendo una colina detrás de su casa. Pero se había equivocado de camino, y para entonces, se hallaba más lejos de la cima que cuando había empezado. Regresó cansado y decepcionado. Como aquellos de que habla Job: «Fueron avergonzados por su esperanza» (Job 6:20).

«Esperaba ser feliz para este tiempo», dijo un joven, sentado en el timón de un espléndido yate, y guiándolo una mañana de sol. Pero con todo su dinero, y todo el placer que se puede comprar con el dinero, estaba más aburrido y hastiado que diez años antes cuando empezó a disfrutar de la vida. Había errado el camino, y su alma era más vacía que nunca. Suspiró y miró las aguas azules, pero en vano; no podían ayudarle. «Estaba avergonzado por lo que había

esperado.» Había errado el camino. Habían pasado los años, y se hallaba cada vez más lejos de la felicidad. Dios no estaba en sus pensamientos.

«Esperaba para este tiempo haber hecho la paz con Dios», dijo un hombre de unos sesenta años, un domingo por la mañana, dirigiéndose a la casa de Dios. Pero parecía estar más lejos que nunca de la paz; y la idea que los años iban avanzando, si haber él resuelto su estado en la eternidad, le entristecía. Había errado el camino. Había trabajado, había orado, había ayunado, había hecho muchas buenas obras; había hecho todo, menos una cosa, no había recibido a Cristo. No había considerado todas las cosas como perdida por amor a Cristo. No había descansado su alma en el verdadero lugar de reposo. Su vida había sido muy activa, pero no había creído, había dudado, no confiado; y «estaba confundido, por lo que había esperado». Podía haber poseído a Cristo muchos años antes, pero había preferido su propio plan, y seguía en sus esfuerzos laboriosos para recomendarse él mismo a Cristo por medio de sus actos y sus devociones. La paz que había buscado no había llegado; y la paz que el Hijo de Dios había hecho para el pecador, él no la había aceptado.

Esperar es una cosa, pero el esperar con base y verdad es una cosa distinta. El esperar debidamente es esperar lo que Dios ha revelado con respecto a nuestro futuro.

Se ha dicho mucho sobre «los placeres de la esperanza»; y mucho que es verdadero y hermoso; porque hay muchos, y el hombre se acoge a ellos en los días oscuros y de desánimo. No hay nada malo en esperar. Dios ha puesto la esperanza en todo corazón humano; y el Libro de Dios insiste mucho en ella, en las cosas «que hay que esperar». «Bueno es que el hombre espere —dijo el profeta—. Espera, espera», son las palabras expresivas que se usan con frecuencia para animar a los otros. La esperanza es «el ancla del alma», y es frecuente ver en cuadros, y emblemas un ancla fijada firmemente en la costa, sosteniendo un barco batido por el viento y las olas.

Pero para que pueda ser el ancla del alma, la esperanza tiene que ser segura y firme, mejor que lo que el hombre suele llamar con este nombre. Porque las esperanzas de los hombres no son muchas veces más que sus propios deseos y fantasías, y aun cuando pueden ir más allá de esto, y referirse a cosas que son realmente verdaderas y legítimas, no hay que confiar en ellas, y sólo duran una temporada. Decepcionan. Engañan y se burlan del que confía en ellas. No permanecen, sino que desaparecen, dejando un vacío en el corazón.

Desaparecen por sí mismas, cuando la mano las toca, sin necesidad de que venga la tempestad. No hay que confiar en ellas un solo día. «Vanidad de vanidades —dijo el predicador—; todo es vanidad.»

Una tarde de agosto, poco antes de la puesta del sol vimos que aparecía el arco iris. Parecía salir de entre las nubes oscuras que llenaban el cielo, y era perfecto, parecía no faltarle ningún color. Pero si bien fue uno de los más brillantes que he visto, también fue uno de los más breves. Apenas se había desplegado delante de las nubes, desapareció. Este arco iris era como la esperanza del hombre, tan breve como brillante, más decepción que promesa. Desapareció del cielo, sin que lo tocara mano alguna, sin ninguna tempestad que lo expulsara, sin dejar rastro alguno; quedó sólo la nube negra que había antes de que él apareciera. «¿Qué es el hombre?», decía. ¿Qué son las esperanzas del hombre, sus goces, sus planes? Se levantan y se hunden; vienen y van; brillan y se apagan. «Las cosas que se ven son temporales.»

Recuerdo un día peculiar en el desierto del Sinaí, un día que no era de lluvia, sino de aguaceros, con sol claro intercalado. Había unas rocas negruzcas a la izquierda sobre las que colgaban las nubes o mejor dicho, sobre las que pasaban las nubes rápidamente, a lo largo de precipicios oscuros. Sobre estas rocas se iban formando uno tras otros distintos arco iris; seis o

siete, e iban desapareciendo, uno tras otro; brillante, pero frágiles en extremo; parecían reales y permanentes, y con todo eran irreales y frágiles. ¡Así son las esperanzas y sueños de los hombres, que decepcionan y engañan los corazones de los hombres con su belleza insustancial! El pobre corazón sigue apegado a estos sueños y esperanzas, no ya meramente en la juventud, sino en la vejez, y por medio de ellas es apartado de Aquel que es más brillante que todos los brillos terrenales, «el resplandor de la gloria de Jehová, y la imagen expresa de su persona; cuya gloria no cambia; que es el mismo ayer, hoy, y por los siglos.»

¡Oh, hombre! ¿Cuándo serás sabio, y fijarás la vista sólo en lo que permanece para siempre; o sobre lo que pueda llenar tu corazón y alegrar tu alma por toda la eternidad?

Había una antigua familia escocesa, que poseía grandes fincas, y que se mantenía entera desde hacía muchos años. Una noche se hallaban reunidos juntos, con parientes y amigos, padre, madre, hermanas, primos, junto con el heredero de la finca y como el centro de este círculo feliz. Aquella noche fue una de las últimas en que el grupo permaneció completo. A los pocos años todo había cambiado, y cada uno de los miembros de la familia que se habían sentado alrededor de la mesa, había sido depositado en el mausoleo familiar. La hacienda pasó a otras manos, y los viejos árboles saludaban a otras cabezas. Las esperanzas que brillaban en el rostro de todos aquella noche quedaron aplastadas, y con ello se mostró la fragilidad de la hermosura, y de los afectos más tiernos y sentidos. Nunca miro aquella mansión familiar sin recordar algún texto que me habla de la vanidad de las expectativas humanas. En un mundo perecedero así, necesitamos una esperanza segura e imperecedera.

Está escrito: «Tú destruyes la esperanza del hombre.» Sí, así es. La esperanza del hombre no sólo se desmorona por sí misma, sino que Dios puede destruirla antes de tiempo. Brota en una noche y se marchita en una noche, porque Dios la abate. Al hombre no se le puede confiar ninguna cosa terrena de modo permanente. Pasan a ser ídolos y tienen que ser desmenuzados; porque «los ídolos Él destruirá del todo». Nuestras esperanzas queridas de un futuro mejor aquí, de una larga vida, de salud, de bienestar, de dinero, de prosperidad, tienen que ser detenidas, pues de otro modo haríamos de la tierra nuestro hogar y nuestro cielo, olvidando la gloria que ha de ser revelada, y los placeres que hay a la diestra de Dios para siempre. «A cuantos amo, reprendo y castigo; sé, pues, diligente, y arrepíentete.»

Pero Dios no apaga la esperanza sin presentar otra mejor, una esperanza que será para siempre; porque Él no se burla de la criatura que ha hecho; no hace marchitar las flores hermosas sin razón, y esta razón está llena de sabiduría y de amor. Él cuida de nosotros. Desea nuestro bien y que seamos felices. Él quiere que no nos dejemos engañar por sueños.

La esperanza del hombre tiene que ser destruida, para que la esperanza en Dios pueda ser edificada sobre sus ruinas. Lo humano es barrido sólo para que lo divino pueda ocupar su lugar. Lo temporal no es quitado, para que lo eterno pase a ser nuestra porción y nuestra herencia.

Hay, pues, lo que Dios llama la «mejor esperanza», una esperanza plena, llena de inmortalidad; una esperanza que Dios mismo da, y que no nos puede quitar ningún hombre. Es divina y perpetua. Trae consigo la paz que pasa todo entendimiento; y contiene en ella el gozo inefable y está llena de gloria. No hay decepción ni desengaño en ella. Es segura y gloriosa, como Aquel de quien procede. Está relacionada con una corona, con una herencia, con un reino, con una gloria que no se marchita, con una eternidad de gozo, tal que ojo no ha visto ni oído ha percibido.

La esperanza que Dios nos pone delante no es una cosa dudosa, sino segura y gloriosa. Descansa en el evangelio y creyendo en él pasamos a ser hombres de esperanza.

Porque nada excepto un evangelio creído puede darnos esperanza, por lo menos lo que

Dios llama por este nombre. Un evangelio creído nos da esperanza; y con la paz, nos trae esperanza. La paz es segura y firme; y lo mismo es la esperanza que da.

Este evangelio son las buenas nuevas respecto a Aquel que murió, fue sepultado, y resucitó otra vez. Los treinta y tres años que van entre la cuna y la cruz, abarcan todo el alcance de las buenas nuevas. La historia de su nacimiento, vida, y muerte, contiene todo lo que necesitamos saber para nuestra paz. En el alma de aquel que recibe esta historia divina, entra esta paz, y mora en ella, paz al creer, paz con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo. «Para el que no obra, sino que cree» (Ro. 4:5), esta paz le pertenece; y el que tiene esta paz tiene la esperanza, una esperanza que no avergüenza.

¡Bendita unión de paz y esperanza! No podemos tener la esperanza sin tener la paz, y no podemos tener la paz sin tener la esperanza (Ro. 5:1, 2). El creer en las buenas nuevas nos hace partícipes de las dos.

¡Esto es amor! Porque de esta manera vemos que Dios provee no sólo para nuestro presente, sino para nuestro futuro, poniéndonos delante una corona y un reino, y entretanto dándonos una paz con Él aquí en la tierra hasta que venga aquel reino. ¡Esto es amor! Porque vemos a Dios que en su piedad seca nuestros pozos terrenales, y al mismo tiempo nos abre los pozos de salvación: «La fuente de agua de vida.»

¡Eleva los ojos, hombre, y mira al futuro que se extiende delante de ti! ¿Qué va a ser? ¿Oscuro o brillante? Tú vida no es sino vapor. ¿Vas a asegurarte de la vida perdurable? Está a tu alcance. Te insta para que la aceptes Aquel que vino para dar esperanza al que carecía de ella, vida a los muertos, paz a los agitados, descanso a los cansados. Lo que Él hizo al morir en la cruz es lo que tienes como descanso para toda la eternidad. Es un lugar seguro de descanso. No necesitas otro. ¡El que cree entra en el REPOSO!

Sí, y el que cree entra en la nueva vida y empieza un camino de santidad, una vida y un camino que corresponde a la fe que realiza la gracia de la cruz y la gloria del reino. «Si alguno está en Cristo, nueva criatura es»; y el mismo Espíritu Santo, que le llevó a la cruz, te es dado para que pueda seguir a Cristo, y ser tan santo como Él es santo.

III EN MI LUGAR

Hace muchos años, iba andando con un amigo a lo largo de la ribera placentera de un río escocés, en uno de los meses de verano, cuando los árboles muestran su verdor y ofrecen sombra. Un hombre en harapos se nos acercó mendigando. Le dimos lo que pedía y entramos en conversación con él. El hombre no podía leer ni escribir. No sabía nada de la Biblia, y al parecer no le importaba.

«Usted necesita ser salvo, ¿no?»

«OH, sí; supongo que sí» —contestó.

«Pero ¿sabe cuál es el camino para ser salvo?» —le preguntamos.

«Yo diría que sí» —fue la respuesta.

«¿Cómo espera conseguirlo, pues?»

«No he sido un mal hombre; y estoy haciendo todas las buenas obras .que puedo.»

«Pero ¿bastan sus buenas obras para llevarle al cielo?»

«Creo que sí; estoy haciendo todo lo que puedo.»

«¿No conoce ninguna buena obra mejor que la suya?»
«Conozco las buenas obras de los santos; pero ¿cómo he de usarlas?»
«¿No conoce ninguna obra mejor que las de los santos?»
«No creo que haya ninguna.»
«¿No son las obras del Señor Jesucristo mejores que las obras de los santos?»
«Claro que lo son; pero ¿de qué me sirven a mí?»
«Pueden serle muy útiles, si creemos lo que Dios nos ha dicho acerca de las mismas.»
«¿Y qué es lo que ha dicho?»
«Si Dios está dispuesto a tomar estas obras de Cristo en vez de las tuyas ¿no cree que bastaría?»
«Sí, supongo que bastaría. Pero ¿quiere dárme las?»
«Sí, Él quiere. Porque esto es precisamente lo que Él nos ha dicho; Él está dispuesto a tomar lo que Cristo ha hecho y sufrido en lugar de lo que usted puede hacer y sufrir; y darle a usted lo que Cristo merece en vez de lo que usted merece.»
«¿Es verdad todo esto? ¿Está Dios dispuesto a poner a Cristo en lugar de mí?»
«Esto es, exactamente.»
«Pero ¿no tengo yo que hacer buenas obras también?»
«Claro que sí y muchas; pero no hay manera de comprar el perdón con ellas. Usted ha de aceptar lo que Cristo hizo como el precio a pagar por el perdón; y luego, teniendo este perdón gratuito, usted ha de obrar para Aquel que le perdona, por amor al amor que Él le ha mostrado.»
«Pero ¿cómo puedo conseguirlo esto?»
«Creando en el evangelio, o sea, las buenas nuevas que nos hablan del Señor Jesucristo; la forma que vivió y murió; cómo fue sepultado y cómo resucitó, todo por los pecadores; como dice la Biblia. Por medio de este Hombre os es predicado perdón de los pecados; y por Él, todo el que cree será justificado.»

El mendigo se paró y estuvo pensando. La idea de que las obras de otro pudieran servir en vez de las tuyas y que él podía conseguir lo que merecían las obras de otro, le parecía extraordinaria.

No nos vimos más. Pero parecía que la Palabra le había causado impresión; parecía llevársela como algo que no ha sido oído antes, como algo demasiado bueno para ser verdadero. Más de una vez he hablado de esto, como una ilustración del evangelio, y hace efecto. Lo que sorprendía al mendigo, que la obra de otro pudiera aplicársele es una idea de los efectos que produce en nosotros el evangelio de Cristo. «Cristo por nosotros», es el mensaje que traemos; Cristo «llevando nuestros pecados en su cuerpo en el madero»; Cristo haciendo lo que nosotros debíamos hacer, sobrellevando lo que nos correspondía a nosotros; Cristo clavado en la cruz, muriendo nuestra muerte, pagando nuestra deuda, todo es para llevarnos a Dios, y para hacer nuestra la vida eterna; esto es la palabra segura del evangelio, que todo aquel que cree es salvo, y que nunca vendrá a condenación. Hay muy pocos que no conozcan lo que significa la palabra «sustituto» cuando se usa respecto a cosas comunes; pero es bueno que veamos que el conocimiento exacto de esta palabra es la clave de la comprensión correcta del evangelio. «Cristo por nosotros», o Cristo nuestro sustituto es el evangelio o buenas nuevas de gran gozo, que los apóstoles predicaron y que nosotros podemos proclamar, incluso en estos últimos días, a los hijos de los hombres como su verdadera esperanza. Las buenas nuevas que traemos no son lo que se nos ha ordenado hacer para que Dios se reconcilie con nosotros, sino lo que el Hijo de Dios ha hecho en lugar nuestro. Él tomó nuestro lugar en la tierra, para que nosotros pudiéramos

tener su lugar en el cielo. Como perfecto, en su vida y en su muerte, Él es el que hace y el que sufre, y nos es ofrecido para que obtengamos el beneficio completo de esta perfección tan pronto como recibimos su evangelio. Toda nuestra imperfección, por grande que sea, desaparece en su perfección, de modo que Dios no nos ve como somos, sino como Él es. Todo lo que somos, hemos hecho y hemos sido se pierde de vista en lo que Él es, ha hecho y ha sido. «El que no conoció pecado ha sido hecho pecado por nosotros, para que pudiéramos ser hechos justicia de Dios en Él.»

Es en el hecho de que Él lleva completamente los pecados, como Hijo de Dios y como Sustituto, que descansa el pecador. Es en esto que nos mantenemos firmes en nuestros tratos con Dios. Necesitamos quien lleve nuestros pecados a Dios y Dios nos ha dado uno que es totalmente perfecto y divino. «El castigo de nuestras paz fue sobre Él, y por su llaga fuimos nosotros curados.» «Él mismo llevó nuestros pecados sobre su cuerpo en el madero.»

Una vez hablábamos con un joven sobre esto. Él estaba sentado, con la Biblia delante de él, considerando el camino de la vida y preguntando: «¿Qué tengo que hacer para ser salvo? Estaba en la oscuridad y no veía la luz. Era un pecador ¿cómo podía ser salvo? Era culpable ¿cómo podía ser perdonado?»

«No por obras de justicia que hayamos hecho nosotros.»

«No, ciertamente; pero ¿cómo?» «Por medio de Cristo que lo hizo todo.» «Pero ¿cómo es posible esto? ¿Puede ser salvo por lo que otro ha hecho totalmente por mí?» «No sólo es posible, sino que es cierto. Éste es el camino; el único camino. Es el único camino que Dios ha dado para salvar al pecador.» «¿Y yo no tengo que hacer nada?» «Nada para poder ser salvo.» «Pero dígame cómo es posible esto.» «Volvamos a la verdad acerca del Sustituto. ¿Sabe lo que quiere decir esto?»

«Sí, lo sé. Pero ¿qué tiene que ver esto con mi caso?»

«Cristo se ofreció a sí mismo como su Sustituto; hizo lo que usted debía haber hecho, sufrió lo que usted debía haber sufrido, pagó lo que usted debía haber pagado.»

«¿Quiere decir que realmente Cristo pagó mi deuda, y que esto es lo que he de creer para poder ser salvo?»

«No. Su deuda no ha sido pagada todavía hasta que usted crea; entonces estará pagada, pagada una vez para siempre; no, no lo será hasta entonces.»

«¿En qué forma, es, pues, la obra de Cristo, como Sustituto, buenas nuevas para mí?»

«Hay bastante dinero en el banco para pagar sus deudas y para pagar el doble; pero lo que tiene que hacer es solicitarlo. Entregue usted el cheque, y con ello se le entregará el dinero al instante.»

«Ya lo veo, ya lo veo. Es el "creer" lo que me pone en la posesión real de todos los frutos de la obra de llevar el pecado hecha sobre la cruz.»

«Exacto; esto mismo. O, para decirlo de otra manera. Cristo murió por sus pecados. Él es su Sustituto. Él se le presenta como tal. ¿Está usted dispuesto a aceptarlo como tal, que Él puede pagar sus dudas y perdonarle los pecados?»

«Sí. Pero déjeme ver esto más claro; porque me parece demasiado simple.»

«Bueno, pongámoslo de esta forma; Dios ha provisto un Sustituto para el culpable; este Sustituto hace más de diecinueve siglos sufrió por los pecados, el Justo por los injustos. El Padre le presenta este completo Sustituto y le pide que dé su consentimiento para el cambio. El Hijo se le presenta, y se le ofrece como su Sustituto. El Espíritu Santo le presenta a Cristo como Sustituto. ¿Lo acepta usted? El Padre está dispuesto, el Hijo está dispuesto, el Espíritu está dispuesto. ¿Está usted dispuesto? ¿Da usted su consentimiento?»

« ¿Es esto todo?», preguntó el joven.

«Sí. El que usted consienta en que Cristo sea su Sustituto es fe.»

« ¿Es así? —volvió a repetir. Y la luz se hizo en su mente—. Cristo nuestro Sustituto fue la aurora del día.»

Es así que la cadena del pecador es rota, y él es puesto en libertad para servir a Dios. Primero libertad, luego servicio, el servicio del hombre puesto en libertad de la condenación y librado de la esclavitud. Es al aceptar el Sustituto Divino que el pecador es puesto en libertad para servir al Dios vivo. La libertad que brota del perdón, recibido de esta forma, es el verdadero comienzo de una vida santa.

Si he de vivir una vida santa, pues, he de empezar con el Sustituto. Tengo que hallar de Él este perdón y liberación. Al ser «librado de las manos de nuestros enemigos, servimos a Dios sin temor, en santidad y justicia todos los días de nuestra vida».

Si he de servir a Dios, y si he de poseer algo de la «verdadera religión», he de empezar con el Sustituto. Porque la religión empieza con el perdón; y sin perdón, la religión es una profesión pobre y molesta. «Hay perdón en Ti, para que puedas ser reverenciado.» Éste es el santo y seña divino. No primero el temor de Dios y luego el perdón; sino primero el perdón y luego la reverencia y el temor de Dios.

IV

«DESPUÉS DE MUCHO TIEMPO»

Es el mismo Señor Jesús que nos ha dado estas palabras en una de sus parábolas. Dice: «Después de mucho tiempo, volvió el señor de aquellos siervos, y ajustó cuentas con ellos» (Mt. 25:19). De modo que, aunque en un punto Él habla de «un poco de tiempo», en otro habla de «mucho tiempo». Pequeño, y con todo grande; corto, y con todo largo; las dos cosas son verdad; y es esta doble expresión la que da el carácter pleno de la condición del hombre aquí, en cuanto a su preparación para el gran día del Señor. Desde el día en que el Señor se fue de la tierra y ascendió al Padre, hasta el día en que vendrá otra vez en su gloria, para sentarse en aquel trono terrible, ante el cual estarán congregadas todas las naciones, en un sentido hay un período muy largo, tal como los hombres lo cuentan en años y épocas. Pero, en otro sentido, no es sino un período corto, cuando consideramos tal como Dios lo cuenta, y lo comparamos con la vasta eternidad en la cual es absorbido.

La vida es como un vapor, y esto es muy poco; la vida es un viaje, y esto es largo. La vida tiene el ancho de una mano, y esto es muy poco; la vida es un período formado de muchos años, meses, semanas y días, y esto es largo. La vida es un correo, y esto es rápido; la vida es un peregrinaje y esto es lento. La vida es el descenso brusco del águila al lanzarse sobre su presa; la vida es la lanzadera del tejedor; la vida son ochenta años, y en otro tiempo era casi de un millar. Para algunos propósitos un día es un período corto, mientras que para otros es largo. En algunas circunstancias un año es un corto período, mientras que en otras es un tiempo largo. Mucho depende de la forma en que transcurre este período, y nuestras ideas de lo que es largo y corto, en estos casos, son influidas por la cantidad de trabajo que hay que hacer. «Me pareció un siglo —dijo un viajero en los Alpes que yacía magullado en el fondo de un ventisquero—, hasta que mis guías regresaron del pueblo trayendo cuerdas para sacarme.» Pero sólo fueron dos horas. Pero, él había medido el tiempo no en momentos o minutos, sino según sus sufrimientos y su

peligro.

Una señora que le visitó cuenta la siguiente historia de un campesino viejo, alemán. Tenía un pequeño huerto en el cual había varios manzanos cubiertos de fruta. Él se distraía cada día andando por entre los manzanos y recogiendo las manzanas que habían caído. La señora le halló un día ocupado en esto.

«¿No le cansa, amigo —le dijo—, agacharse con tanta frecuencia?»

«No, no, sonrió el campesino, ofreciéndole un puñado de manzanas. No me cansa, añadió, estoy esperando. Creo que yo ya estoy maduro también, y que pronto voy a caerme, y que el Señor tendrá que recogerme. OH, añadió, mirando con seriedad a la señora, «usted es joven todavía, está en la flor de la edad; vuélvase la cara al Sol de Justicia, para que pueda madurar bien».

Aquí tenemos el «mucho tiempo» del crecer y madurar; y no largo en un sentido, pero sí en otro; largo bastante para crecer; largo bastante para madurar. Es de un «largo tiempo» así que el Señor nos habla en esta parábola de los siervos.

Un poeta italiano, encarcelado cruelmente en una celda oscura, se nos dice que pronunció estas tristes palabras: «Muchos, años, muchos años.» Porque así le parecían en su triste soledad. Y en un sentido equivalente nosotros podemos usar las palabras, «todo el día», o «toda la noche», y también «todo el año»; y la palabra «todo» tiene un sentido de largo, expresando no sólo el tiempo real incluido sino el número de sucesos transcurridos durante el mismo; como si fueran pruebas pasadas que lo hayan alargado.

Es este solemne sentido de la expresión: «Después de mucho tiempo», que queremos ahora considerar. Desearía hacer sentir al lector la responsabilidad que hay sobre toda persona, al serle dado por parte de Dios «mucho tiempo», para preparar su entrada en la eternidad.

Dios no va a coger a ninguno por sorpresa. Es demasiado justo y misericordioso para hacerlo. Antes del golpe advierte; es más, da mil avisos, aunque sea a la vida más corta. Cada día está hecho de avisos, demasiado claros para que no se entiendan, demasiado altos para que no se oigan. Nadie, en el gran día de ajustar cuentas, podrá decir: «A mí no se me avisó de lo que venía; me hicieron ir corriendo al trono del juicio, sin aviso, sin darme tiempo para prepararme.» Un piloto que dirige el barco contra las rocas, al mediodía, con los ojos abiertos viendo el acantilado, y oyendo el fragor de las olas dando contra las rocas, no tiene excusa. En St. Abb's Head, en la costa este de Escocia, ha habido muchos naufragios cuando el viento del Este empuja a los navíos contra la costa. Hace algunos años fue edificado un faro con una curiosa sirena, la cual cuando hay niebla, sea de día o de noche, deja oír su voz a varias millas de distancia. No hay ningún piloto ahora que, si naufraga contra las terribles rocas, pueda decir: «No tenía idea que estaba tan cerca»; porque de noche, si es clara, el proyector del faro avisa que hay peligro, y si hay niebla, la sirena lanza su aullido advirtiendo de lo mismo. De mismo modo la luz y la sirena del cielo están advirtiendo perpetuamente a los hijos de los hombres, diciéndoles: «Prepárate para ir al encuentro de tu Dios.» ¡Los avisos de un día o una semana, son muchos! ¡Los avisos de un año, muchos más! ¡los avisos de una vida, innumerables! Nadie podrá decir que ha perecido sin aviso, o que Dios se lo llevó por sorpresa. La sirena, lanzando su aullido lúgubre, parece la voz de uno que clama en el desierto: «Huid de la ira que vendrá». «Arrepentíos, arrepentíos». «Volveos, volveos; por que moriréis.» Y de esta manera Dios nos está llamando en voz alta, e indicándonos las rocas y también el puerto de seguridad en Jesucristo nuestro Señor, el puerto que no puede alcanzar ninguna tempestad.

Dios nos da bastante tiempo para volvernos y vivir. Cuando un maestro da una tarea de

varias páginas a su alumno y le dice: «Te doy una semana para hacerlo» el cree que le dan «mucho tiempo», para la tarea que puede ser hecha en una hora. Lo mismo, cuando Dios dice: «Buscadme y viviréis», o «ponte en contacto con tu Dios, y tendrás paz», y nos da toda una vida para hacerlo, nos está dando «mucho tiempo». Nosotros vamos demorando; así que pasa año tras año, y no estamos más cerca de Dios que al principio. Pero nuestra demora no cambia la longitud del tiempo. Lo hacemos corto por nuestra locura; pero era realmente largo para hacer la tarea encomendada: dar el simple paso que tenía que llevarnos a Cristo y colocarnos bajo la sombra de la cruz. Para esto había tiempo bastante, lo hay en la vida más corta; de modo que nadie puede decir: «No tuve tiempo para prepararme para la eternidad, y me llevaron apresuradamente a la tumba sin darme tiempo de buscar al Señor.» «Y le di tiempo para que se arrepintiese» (Ap. 2:21), son las palabras de aviso dirigidas a los pecadores de Tiatira; y Él nos dice las mismas palabras a nosotros. El mensaje de arrepentimiento está en vigor todavía. Arrepíentete es la carga de la exhortación, y esto va seguido de: «¡Le di tiempo para que se arrepintiese !»

Este largo tiempo es un tiempo de paciencia. «El Señor es muy misericordioso y compasivo» (Stg. 5:11). Tiene compasión extrema de nosotros; ruega y suplica al pecador, con toda la insistencia posible, para que nos reconciliemos con El. El se lleva rechazos, insultos, provocaciones, aborrecimiento e indiferencia sin herir al que rechaza su amor, ni vengarse de sus enemigos. Él nos es «fácilmente provocado, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que nadie perezca, sino que todos vengan a arrepentimiento» (2 P. 3:9). Renueva cada día su oferta de perdón, con una paciencia que parece no tener límites, y con una insistencia que debería ganar al más obstinado y suspicaz de los hijos de los hombres. «Considerad que la paciencia del Señor es para salvación»; porque la paciencia apunta nada menos que a la salvación. «¿Por qué moriréis?» es la pregunta insistente de Dios al pecador descuidado. ¿No os he dado tiempo bastante para buscar y hallar la vida eterna? ¿No os estoy rogando insistentemente que os reconciliéis conmigo?

Este largo tiempo es la oportunidad del hombre. ¿Has de hallar perdón? Ahora el momento. ¿Has de obtener la vida eterna? Ahora es el momento. ¿Has de pasar por la puerta estrecha y has de seguir el camino estrecho? Ahora es el momento. ¿Ha de ser salva tu alma inmortal, has de recibir una corona, y has de poseer un reino? Ahora es el momento. ¿Hay que romper la cadena, hay que huir de la cárcel, hay que cambiar la oscuridad en luz y hay que evitar el castigo eterno? ¡Ahora es el momento! Ésta es la oportunidad. ¡OH, hombre! ¡Aprovéchala, úsala, antes que pasa para siempre! Hay peligro alrededor; el infierno está preparando sus lazos; la tormenta amenaza; pero todavía hay tiempo. El cielo brilla más allá, se puede ver; la puerta está abierta de par en par por el amor de Dios; el Hijo de Dios te está rogando; los ángeles te hacen señas para que entres; los embajadores de la tierra te ruegan; ahora es tu oportunidad; ¿vas a dejártela escapar? ¿Tiene tan poca importancia perder el cielo, perder tu alma, perder tu felicidad eterna? ¡No demores más tu decisión!

Este tiempo largo no va a durar, tendrá su fin. El Señor va a regresar, y llamará a sus siervos a ajustar cuentas de la forma en que han pasado el tiempo y usado los dones. El año aceptable del Señor terminará en el día de la venganza; y esta venganza será real, porque es la venganza de Dios. El «largo tiempo» permitido aquí es para preparar el gran ajuste de cuentas, y no es nada comparado con el tiempo sin fin de la eternidad; una eternidad de tinieblas profundas o de gloria inmarcesible.

Todo esto nos hace hablar con más sinceridad y fervor, sabiendo lo rápidamente que transcurre este «largo tiempo». El tiempo llega a su fin, y el Juez está en camino; el largo tiempo va a ser pronto un «tiempo corto»; y este «tiempo corto» va a desaparecer, y entonces empezará

la eternidad. Prepárate a venir al encuentro de tu Dios. Recientemente cuando estaban haciendo un viejo pulpito que había estado arrinconado desde hacía muchos años. Estaba esculpido con hermosos adornos, y en su parte superior se podían leer talladas en la madera estas palabras todavía legibles: «Levanta tu voz como una trompeta, resuena en alta voz.» Esto es lo que estamos haciendo ahora, para que todo el que venga pueda saber el peligro en que se halla, si no se ha reconciliado con Dios todavía.

¡Hay reconciliación! Éste es nuestro mensaje, desde el pie de la cruz, hablando a un mundo que perece. ¡Hay reconciliación por medio de la sangre del sacrificio! ¡Hay paz en el altar en que Dios está dispuesto para recibir al pecador. El Hijo de Dios ha hecho la obra poderosa en que descansa la reconciliación, y por medio de ella se ofrece eterna amistad con Dios a los rebeldes, por obstinados que sean. Esta palabra es la definitiva. Con ella basta. No hay que pensar en añadir o quitar de ella. Tómala tal cual es, acéptala según Dios declara que es, y entra en el resultado de la transacción. Es una paz de justicia, edificada en la obra consumada por el Sustituto. Nos habla de este Dios, que «justifica a los impíos», y nos habla de la oferta de paz, por medio de la cual, ha pasado a ser justo que el impío sea justificado. Dice a cada rebelde: Toda esta paz, esta amistad, este perdón, pasa a ser la propiedad presente y cierta de todo el que renuncia a su propia posición natural delante de Dios, y consiente en presentarse delante de Él, fiado en la obra de otros, los sufrimientos de otro, la obra y sufrimientos del Verbo hecho carne; de Aquel que, aunque era rico, se hizo pobre por amor a nosotros, para que por medio de su pobreza nosotros fuésemos enriquecidos (2 Co. 8:9).

V

«NO PUEDO SOLTARLA»

Un barco se estaba hundiendo, ladeado ya en un ángulo bastante pronunciado, y no había en su costado escalera, fuera de cuerda o de hierro, para que el muchacho pudiera descender y alcanzar el bote que estaba debajo.

El muchacho estaba colgado de una cuerda que tenía agarrada con toda su fuerza. Miró y vio su posición. Había un bote cerca del barco que se hundía lentamente. Desde abajo le gritaban; vio a unos cinco o seis hombres que estaban dispuestos a agarrarle, pero él no podía decidirse a echarse. Veía debajo el oleaje y el bote que subía y descendía sobre el agua; pero veía también la distancia entre él y los que iban a salvarle, y su corazón desmayaba. ¿Qué pasaría si se caía de cabeza al agua? Seguía agarrado a la cuerda con toda su fuerza sin soltarla a pesar de los gritos de los que estaban debajo. ¡Suelta la cuerda! Sólo contestaba: ¡No puedo soltarla! Por fin, cuando el peligro aumentó, y ante la insistencia de las voces de ánimo que le daban desde abajo, pudo vencer su temor y desconfianza. Y «la soltó»; con lo que se cayó en los brazos robustos de los que habían ido a salvarle. Una vez salvo no pudo por menos que sonreír a su propia locura de negarse a dejar la sogá y con ello salvar su vida.

«No puedo creer en Cristo», es la queja que oímos de más de una persona interesada. ¿Qué significa esto? ¿Lo dicen en serio los que así se expresan? ¿Han considerado lo que dicen? ¿No hacen exactamente lo que el pobre muchacho del bote, colgando del lado del vapor y gritando: «No puedo soltarla?» ¿Si el muchacho hubiera tenido confianza en el bote que había debajo y sus tripulantes, habría permanecido en su peligrosa posición y dado esta explicación por su negativa? ¿No tenía más confianza en la cuerda de la que colgaba que en los que había en el bote

para recibirlo? Veía que había peligro, pues de otro modo no se habría agarrado a la cuerda; pero sentía que había menos peligro agarrado a la soga que dejándose caer al bote. Y así continuó colgando de algo que no le podía salvar. Si su seguridad hubiera dependido de la cuerda hubiera sido natural que se negara a soltarla; pero como su seguridad dependía de los que podrían salvarle en el bote, su exclamación era necia y falsa.

Y lo mismo es la queja de las personas a las que nos hemos referido. No ven la puerta abierta del arca, los brazos extendidos del Libertador. Y este Libertador les grita: «Soltad!; os espero con los brazos abiertos para recibirlos.» Pero ellos parece que piensan que se les ordena algo muy difícil, que den muestras de algún esfuerzo prodigioso; así que replican a todos los mensajes de gracia: «¡No puedo, no puedo!» Jesús los ve que están colgando de sus propios esfuerzos; y les dice: «Soltad, soltad»; pero ellos simplemente responden: «¡No puedo, no puedo!» ¿No es esto una locura? ¿No es rechazar la obra realizada por Jesús?

Supongamos que cuando Jesús llamó a Zaqueo para que bajara del árbol, el publicano hubiera contestado: « ¡No puedo!» ¿Qué habría significado esto? Si el Señor le hubiera mandado que subiera al árbol quizá podría haber dicho: ¡No puedo!, pero cuando Cristo le dice: «¡Baja del árbol! la excusa habría parecido absurda.

Supongamos que cuando llegó el hijo pródigo le hubiera dicho: «Entra en la casa, ponte el mejor vestido y ven a mí», y el hijo hubiera contestado: «¡No puedo!» Quizás hubiera habido alguna razón por la que el hijo no pudiera hacerlo. Pero cuando el padre dice a sus siervos: «Traed el mejor vestido y ponédselo», el dar la misma excusa hubiera sido absurdo, pues habría significado que el hijo no quería el vestido. El padre no deja nada para que lo haga el hijo; todo lo que desea es que reciba; y es como si dijera: «Déjame que te ponga el vestido.» El padre se preocupa de todo: del vestido y de ponérselo.

Lo que algunos llaman la dificultad de creer es la esencia de la justicia propia. Sí, es lo que hay a la raíz de ello, o mejor, es la raíz de esta dificultad. Los hombres se aferran a sí mismos, como el muchacho se mantenía adherido a la soga; no quería soltarla, por más que los otros le gritaban que lo hiciera.

Yo comprendo la dificultad. Es una raíz de amargura. Pero va mucho más profundo de lo que muchos creen. Es mucho peor y más serio que los que hablan de ello quieran admitir. Es la justicia propia obstinada del hombre lo que realmente constituye la dificultad. Está decidido a no soltar, y dicen: «¡No puedo!» para cubrir la culpa del: «¡No quiero!»

En los profundo de la corrupción del hombre yace este terrible mal, que sólo Dios puede quitar, la decisión a no entregarse. Se engaña a sí mismo tristemente en esta materia, a fin de cubrir su culpa y dar la culpa de su incredulidad a Dios. El hombre insiste en que tiene que hacer algo grande: ¡aunque Dios ha declarado cien veces que la cosa importante ya está hecha! El hombre quiere hacer la cosa importante, conseguir el crédito de haberla hecho; y como Dios ha declarado que lo importante ya ha sido hecho «una vez por todas», y no tiene que ser hecho otra vez, se retrae en sí mismo, y trata de presentar otra gran cosa dentro de sí mismo, que, siendo hecha por él, él puede presentar a Dios, para agradarle y satisfacer a la vez su propia conciencia. Lo que Dios le exige como absolutamente suficiente para su salvación y paz, es la aceptación de esta gran cosa ya hecha. Pero de esto el hombre trata de escaparse. Cree que ha de esperar, de hacer algo, de esforzarse, y llorar, para poder estar en condiciones de aceptar; y por tanto contesta cuando los embajadores de la paz le entregan el mensaje: «No puedo.» No quiere hacer lo que Dios desea que haga; sustituye la aceptación por algo suyo propio, algún proceso de preparación; y debido a que no hace progresos en su obra de «humildad voluntaria», dice: «¡No puedo!»

Dios le pone delante de la cruz y le dice: «¡Mírala y vive!» Pero ¡él considera que es demasiado simple y se vuelve a otro sitio en que pueda hacer algo! Dios pone la fuente delante de él y le dice: «Lávate.» Él contesta: «No puedo», y se vuelve a otro sitio. Dios le trae el mejor vestido, la justicia del Justo, y se ofrece para ponérsela. Pero esto es demasiado fácil. No le deja nada para que lo haga él, nada, sino ser vestido por la mano de otros en los vestidos de otro. ¡Y así, en pretendida humildad, aplaza la aceptación del vestido, con la excusa de que no puede ponérselo! Dios le pone frente a frente con su amor gratuito, y le dice: «Toma esto y tendrás paz y reposo.» Pero como con esto se da todavía por entendido que «la cosa importante ha sido hecha», en virtud de la cual este amor gratuito ha de fluir al pecador, y que Dios quiere simplemente que él reconozca que esta obra es completa, y que la acepte, él vacila o se vuelve simplemente rehusando la propuesta divina de permitir dejar entrar el amor en él, ¡simplemente porque es absolutamente gratuito! Se parece al general sirio a quien Elíseo ordenó que fuera a lavarse al Jordán para que fuera curada su lepra. «Y Naaman se fue enojado, diciendo: «He aquí yo decía para mí: Saldrá él luego, y estando en pie invocará el nombre de Jehová su Dios, y alzaré su mano y tocará el lugar, y sanará la lepra. El Abana y el Parpar, ríos de Damasco, ¿no son mejores que todas las aguas de Israel? ¿No puedo yo lavarme en ellas y ser limpio? Y se fue muy enojado» (2 R. 5:11, 12). ¿Y no podemos dirigirle las palabras de los siervos en esta ocasión: «Si el profeta te mandara alguna cosa muy difícil, ¿no la harías? ¿Cuánto más diciéndote: Lávate, y serás limpio?»»

La simplicidad del evangelio, sin embargo, no disminuye la corrupción del hombre, ni reemplaza la necesidad del poder del Espíritu Santo. Es con referencia a este evangelio gratuito que el «corazón malo de incredulidad» del hombre siempre se ha mostrado más fuerte. El evangelio es simple, la fe es simple, la Palabra es simple, el camino es simple, la cruz es simple; pero el corazón del hombre está firmemente decidido contra ellos. Resiste y rehúsa. Prefiere algún camino propio y echa a Dios la culpa de su propio mal.

De ahí la necesidad del Espíritu Santo, a través de cuya mano el Todopoderoso obra sobre el alma del hombre en formas tan invisibles y simples que, cuando el hombre al fin ha creído, se maravilla de que pudiera permanecer indiferente tanto tiempo y resistir al evangelio. El Espíritu obra para desarmar la enemistad, para quitar la resistencia, para abrir los ojos y renovar la voluntad. «El viento de donde quiere sopla y oyes su sonido, pero no puedes decir de dónde viene ni adonde va; lo mismo es todo aquel que es nacido del Espíritu.»

Es la corrupción profunda y el apartamiento total de Dios por parte del hombre lo que hace indispensable para la renovación el poder del Espíritu Todopoderoso. Pero es de gran importancia el que no se le permita hacer uso de esta corrupción como una excusa para no volver a Dios, o para insultar la doctrina de la obra del Espíritu, dándola como una excusa para aferrarse a sí mismo, rehusando creer el evangelio; como si él estuviera más dispuesto a creer de lo que el Espíritu está dispuesto para obrar, como si él quisiera creer, pero el Espíritu no le ayudara.

Fue la culpa del hombre que hizo necesaria la cruz; porque si esta culpa hubiera quedado sin quitar todo habría sido en vano. El estar bajo condenación habría sido cerrar para siempre el reino. Tener el Juez en contra de uno en el gran día es tener una sentencia fatal segura. La cruz ha venido para quitar esta culpa de nosotros, y para ponerla sobre otro: sobre Aquel que podía llevarla; sobre Aquel que es poderoso para salvar. Lo que debía haber caído sobre el pecador ha caído sobre Él, para que nosotros podamos escapar. El Juez está satisfecho con la obra hecha en el Calvario, y no requiere nada más; y cuando el Espíritu Santo lleva al hombre a aceptar aquello que ya ha satisfecho al Juez, las cadenas que ataban la carga a sus espaldas se quiebran, la carga se cae, para desaparecer para siempre, enterrada en la tumba del Sustituto, de la que no puede

levantarse más.

VI ¿HACIA DÓNDE? ¿HACIA DÓNDE?

Al principio del pasado siglo, un cristiano norteamericano anciano, al morir, dejó un mensaje en su lecho de muerte a su hijo: «Recuerda que hay una larga eternidad.»

Pero esto no fue todo. Dio a su familia el mandamiento, como moribundo, de que pasaran a la próxima generación la misma orden y a su vez ellos a los que les sucedieran, en tanto que hubiera posteridad. La orden fue obedecida. Una generación dio a otra el solemne mensaje: «Recuerda que hay una LARGA ETERNIDAD.» Y estas palabras, se nos dice, dieron como fruto la conversión de hijos, nietos y biznietos.

Es de esta larga eternidad de la que Dios nos habla con tanta frecuencia en su libro, con las palabras «eterno», sin fin, «por los siglos de los siglos». Es de esta larga eternidad que cada lecho de muerte nos habla; cada mortaja, cada ataúd, cada tumba. Es de esta larga eternidad que cada nuevo año nos habla, indicando el paso que avanza de los años, los años interminables que quedan después de los breves años del tiempo, unos breves días que nos empujan sin dejarnos parar, hacia la muerte que ha de ser el fin de todas las cosas en la tierra. De esta eternidad podemos decir que sus años son tantos como las hojas del bosque, o como los granos de arena de la playa, o las gotas del océano, o las estrellas del cielo, o las hojas de hierba, o destellos del rocío, todo ello multiplicado junto. Y ¿quién puede contar estos números, o concebir la prodigiosa suma, millones de millones de edades?

Un viajero, hace algunos años, contó que en el cuarto de un hotel en que se alojó había en la pared una hoja impresa en tipos de letra enormes con las solemnes palabras siguientes:

«Recuerda siempre estas cosas, hombre: Un DIOS, un momento, una eternidad.»

Sin duda seríamos sabios si pensáramos en palabras así, tan breves, y con todo tan llenas de significado.

Richard Baxter menciona el caso de un ministro de su tiempo, el tono de cuya predicación fue afectado toda su vida por las palabras que oyó al visitar a una mujer moribunda, que «con frecuencia, y de modo vehemente» (dice) «gritaba en su lecho de muerte»: «¡OH, haced volver al tiempo, haced volver al tiempo!» Pero el llamar al tiempo para que vuelva es algo que no es probable dé resultado, como tampoco lo daría el pretender acortar la eternidad. «Esta pulgada de tiempo», como dice este noble predicador, no puede ser alargada; y si no se aprovecha o se redime, está perdida para siempre. Aunque Dios vive, el alma tiene que morir; porque, «en Él vivimos, nos movemos y somos».

Nuestro futuro eterno no es un sueño ni una fábula. Será tan real como nuestro pasado ha sido, ni más ni menos. La incredulidad puede tratar de persuadirnos de que es una sombra, una fantasía. Pero no lo es. Es infinitamente e indudablemente real y las edades delante de nosotros, en su venir y pasar, nos van a traer realidades, en comparación con las cuales, las realidades pasadas serán como nada. Todas las cosas que nos afectan se vuelven cada día más reales; y este aumento de realidad seguirá por todas las edades.

¿Adonde? ¿Adonde? Ésta no es una pregunta vacía; y es una pregunta tal, que todo hombre necesita hallarle respuesta inmediata. El hombre fue hecho para que pudiera contemplar delante un largo futuro; y esta pregunta debe ser contestada por él. Si no puede, tiene que haber algo falso o equivocado. Porque Dios no le ha negado el poder de contestarla.

¿Adonde? ¿adonde? Hombre mortal ¿no lo sabes? ¿no te preocupa? ¿No te importa nada el descubrir lo que ha de ser tu existencia, y adonde vas a pasar la eternidad? Todo tú estás envuelto en ella, y ¿no te interesa?

¿Adonde? ¿adonde? ¿No te gusta la pregunta? ¿Te estorba el reposo y echa a perder tus placeres? ¿Produce ansia en tu conciencia y proyecta una sombra sobre tu vida? Con todo, tanto si la aborreces como si te gusta, tienes que enfrentarte con ella algún día. Tú mismo te la vas a preguntar, y tendrás que contestarla. Quizá, cuando estés tratando de contestarla, va a venir el Juez y va a sonar la trompeta final. «Y mientras habían ido a comprar, llegó el esposo.»

¿Adonde? ¿Adonde? Pregúntaselo a la hoja que cae. Te dice: «No lo sé.» Pregúntaselo al viento inquieto. Dice: «No lo sé.» Pregúntaselo a la ola. Dice: «No lo sé.» Pero el hombre es distinto. Está obligado a ver en su futuro y a saber hacia donde se dirige. No es una hoja, una nube o la brisa, que no saben adonde van ni de dónde vienen. El sabe que hay un futuro de alguna clase delante de él, y que debe entrar en este futuro antes de poco. ¿Qué pasará entonces? ¡Ésta es la pregunta!

¿Adonde? ¿Adonde? Ve al puerto, donde hay docenas de barcos amarrados preparándose para partir. Ve al capitán de uno de ellos y pregúntale: «¿Adonde va?» ¿Va a contestar: ¡No lo sé!? Ve a la estación de ferrocarril y pregúntale al conductor del tren: «Hacia dónde va? ¿Va a contestar: ¡No lo sé!? No, estos hombres son demasiado inteligentes para ignorar el lugar a que se dirigen, cuando van a emprender el viaje. ¿Van los hijos del tiempo a poder contestar estas preguntas en cuanto a su ruta y destino, y un hijo de la eternidad va a ir a tientas, por las sombras, sin saber hacia dónde va y dónde va a pasar la eternidad, de modo que su inmortalidad se apoye en pura casualidad?

Pero ¿puedo dar una respuesta a la pregunta aquí? ¿Puedo asegurar mi eternidad en tanto que estoy en la tierra? y ¿Puedo estar seguro cuando digo: «Estoy en camino del reino; sea corta o larga esta vida presente, la vida eterna es mía?

El evangelio que Dios nos ha dado es lo que nos permite responder a la pregunta: ¿Adonde? ¿Adonde?, porque muestra el camino hacia el reino; un camino que no está lejos, sino cerca; un camino no inaccesible; sino accesible; un camino no costoso, sino gratuito; un camino no para los buenos, sino para los malos; un camino que no está escondido, sino que es llano y claro. «El que viaje en él, aunque sea un necio, no se perderá.» Aquel a quien el Padre ha enviado para ser «el Salvador del mundo», dice: «Yo soy el camino.»

El conocimiento de este camino lo es todo para nosotros: porque el que lo sabe, sabe adonde va; y el que no lo sabe, no sabe adonde va. La respuesta segura y correcta a la pregunta: «¿Adonde? depende enteramente de nuestro verdadero conocimiento del camino. Porque el mundo es oscuro y no puede decirnos nada del camino; ni hace posible que podamos dar respuesta a la terrible pregunta: ¿Adonde voy, con todos estos pecados, y con el día del juicio en perspectiva, y con la certeza de que he de dar cuenta de los actos efectuados en el cuerpo?

Para poder dar respuesta a la pregunta hemos de acudir al instante a las «buenas nuevas» que Dios ha enviado respecto a Aquel que «murió por nuestros pecados según las Escrituras»; «que fue sepultado y resucitó». Es la creencia en estas buenas nuevas que nos pone en contacto con Él; y al hacerlo, nos permite la respuesta a la pregunta: «¿Adonde voy?» Porque si estamos en contacto con Él, entonces, con seguridad nosotros vamos allí donde Él ha ido antes. Al creer el evangelio se nos pone en posesión de esta vida eterna que Él ha asegurado para los pecadores por medio de su muerte en la cruz, como propiciación por los pecados.

Conocí a un hombre, lleno de miedo respecto a un futuro desconocido, que buscó una respuesta a la pregunta de cuál iba a ser su futuro eterno, durante años. Se esforzó, oró,

esperando que Dios iba a tener piedad de sus sinceros esfuerzos, y darle lo que buscaba. Al cabo de muchos años difíciles vino a verme, llegó a darse cuenta que todo cuanto podía hacer para ganar el favor de Dios, otro ya lo había hecho, y mucho mejor de lo que él podía. Vio que había estado trabajando en vano todos estos años para persuadir a Dios de darle aquello, lo que podía haber tenido desde el mismo principio, creyendo simplemente las buenas nuevas de que no había necesidad de esperar tanto, de trabajar, de orar; y vio también que ahora, al fin, recibiendo el divino testimonio de la persona y obra del Unigénito del Padre, podía contar con certeza con el favor de Dios para él, como quien ha creído el testimonio que Dios ha dado de su Hijo (1 Jn. 5:10-12). De esta manera, creyendo «entró en reposo», el reposo presente del alma que resulta de creer el evangelio y las arras de un futuro descanso que permanece para el pueblo de Dios.

El decirle a un pecador que tiene que contestar esta pregunta capital: «¿Adonde?» y no hablarle al mismo tiempo de la provisión hecha por Dios para que pueda contestarla, sería sólo burlarse de él. Pero el decirle que tiene que responderla, y al mismo tiempo darle a conocer la gracia de Cristo y que el camino hacia Dios está abierto, es alegrar su alma, al mostrarle la forma en que puede al instante hallar el medio para contestarla, sin trabajos, sin esperar y sin tener que estar a la altura, alcanzada con sus esfuerzos, de merecer el favor de Dios.

Ante el espíritu atribulado presentamos y ofrecemos el perdón gratuito e inmediato que el evangelio coloca en sus manos: un perdón que no pueden hacer más gratuito ni las oraciones ni los esfuerzos nuestros, ni pueden hacerlo más cercano; un perdón que fluye directamente de la propiciación consumada en la cruz; un perdón para los impíos y los que no son dignos; un perdón que, glorifica a Aquel que perdona, y a la vez da libertad inmediata y liberación al perdonado. «Por medio de Él se os anuncia perdón de pecados, y... que por ÉL ES JUSTIFICADO TODO AQUEL QUE CREE» (Hch. 13:38, 39). Si es justificado, entonces sabe el futuro tan bien como el presente; porque «a los que justificó, a éstos también glorificó» (Ro. 8:30).

«Todo es oscuro —dijo al morir un joven que había jugado con la gran pregunta toda la vida—. Estoy muy asustado», fue lo que dijo otro, en circunstancias similares. «He hecho provisión para todo, excepto para la muerte», dijo un viejo general en trance de muerte. «No hay misericordia para mí», fue el grito en el lecho de muerte de uno que al principio de su vida había dado muchas promesas, pero que se había hecho atrás. «Estoy muriendo —dijo otro—, y no sé adonde voy.» Estos lechos de muerte son lugares lastimosos. La oscuridad se cierne sobre ellos. No hay rayo de esperanza que alivie las tinieblas.

Pero el que ha aceptado la gran salvación es elevado por encima de estos temores e incertidumbres. La luz de la cruz brilla sobre él, y al mirar, ve el vasto futuro sin alarma. «Yo sé en quién he creído —dice— y conociéndole, sé adonde voy. Voy a pasar una eternidad con Aquel, a quien amo, aunque no le he visto. Voy a una ciudad con fundamentos; y aunque los gusanos van a destruir este cuerpo, con todo, en mi carne veré a Dios.» La pregunta: «¿Adonde?» no tiene terrores para él. La eternidad para él es una palabra de gozo. Él ha creído; y está seguro de que su fe no le dará motivo de qué avergonzarse. La simple palabra de Dios: «El que cree no es condenado», le basta para darle descanso en la vida y en la muerte.

VII «EL MUNDO PASARÁ»

Las cosas que se ven son temporales. Nuestro mundo perecerá, y no tenemos aquí ciudad permanente. Dentro de unos pocos años —quizá muy pocos— todas las cosas de aquí habrán

cambiado. Dentro de unos pocos años —quizá muy pocos— el Señor vendrá, y la trompeta final habrá sonado, y la gran sentencia habrá sido pronunciada sobre cada uno de los hijos de los hombres.

Hay un mundo que no pasa. Es bello y glorioso. Se le llama «la heredad de la luz». Es brillante por el amor de Dios y por el gozo del cielo. «El cordero es su luz.» Sus puertas son de perlas; y siempre están abiertas. Y cuando les hablamos a los hombres de esta maravillosa ciudad, les decimos que entren.

El libro del Apocalipsis (cap. 18:21, 22), nos cuentan la historia de la tierra y su vanidad: «Y un ángel poderoso tomó una piedra, como una gran piedra de molino, y la arrojó al mar, diciendo: Con el mismo ímpetu será derribada Babilonia, la gran ciudad, y nunca más será llamada. Y sonido de arpistas, de músicos, de flautistas y de trompeteros no se oirá ya más en ti; y ningún artífice de ningún oficio se hallará más en ti, ni ruido de molino se oirá más en ti.» Tal será el día futuro en el mundo, y esta sentencia cuelga sobre la tierra, una sentencia presagiada en los desastres comerciales que envían aflicción en tantos corazones y desolación en tantos hogares.

Un anciano ministro —hace de ello unos doscientos años— estaba en su lecho de muerte. Sus ochenta años estaban bien cumplidos. Había hecho muchos viajes, de Inglaterra a América, y de América a Inglaterra, y finalmente estaba en Boston, donde yacía moribundo, lleno de fe y de amor. La noche antes de su muerte, en tanto que yacía silencioso, su hija le preguntó cómo se encontraba. Él levantó las manos que estaban sobre la cama y moviendo apenas los ojos dijo: «¡Cosas vanas, cosas vanas!» Nosotros repetimos las solemnes palabras, e indicando al mundo, con toda vanidad que hay en él y en la cual ponemos nuestro corazón, decimos: «¡Cosas vanas!»

«El mundo se pasa.» Éste es nuestro mensaje.

Como un sueño en la noche. Nos echamos para descansar; nos quedamos dormidos; soñamos; nos despertamos por la mañana; y he aquí que nuestro sueño, que nos parecía agradable, estable, ¡ha desaparecido! Así desaparece el mundo. Hombre mortal ¿no tienes un mundo más brillante más allá?

Como la niebla matutina. La noche hace descender la niebla sobre las colinas, el vapor cubre el valle; el sol se levanta, y la niebla se desvanece; la colina y el valle se ven verdes ahora. Lo mismo pasa el mundo, y no se ve más. OH, hombre ¿vas a abrazar un mundo así? ¿Vas a estar echado en medio de la niebla y decir: Éste es mi hogar?

Como una sombra. No hay nada menos real que una sombra. No tiene sustancia, no tiene ser. ¡Es oscura, es una figura, se mueve, esto es todo! Lo mismo es el mundo. El hombre persigue una sombra. ¿Qué puede hacer por ti una sombra?

Como una ola del mar. Se levanta, cae, y no se ve más. Ésta es la historia de una ola. Ésta es la historia del mundo. OH, hombre ¿va a ser una ola tu porción? ¿No tienes mejor almohada en qué reposar tu cansada cabeza? ¡Un pobre mundo para que lo ame el corazón humano, para que el alma inmortal se satisfaga con él!

Como el arco iris. El sol proyecta sus colores sobre una nube, y brilla durante unos minutos. Pero la nube se desplaza y el brillo desaparece. Esto es el mundo. Con toda su belleza y resplandor; con todos sus honores y placeres; con todas sus riquezas y grandeza; con toda su alegría y locuras; con toda su pompa y lujos; con todos sus vicios y orgías; con todas sus esperanzas y gala halagos; con todo su amor y su risa; con todos sus cantos y esplendor, con todas sus joyas y oro, todo desaparece. Y la nube que nos daba el arco iris, ha desaparecido como él. ¡OH, hombre! ¿Va a ser un mundo así todo lo que tienes por herencia?

Como una flor. Hermosa, fragante. Pero se marchita. Así se marchita el mundo delante de

nuestros ojos. ¡Aún estamos mirándolo, admirándolos, y ha desaparecido! ¡No queda huella de su hermosura, sólo un poco de polvo! OH, hombre ¿puedes alimentarte de flores? ¿Puedes poner tu mira en lo que sólo dura una hora? Tú has sido hecho para la eternidad; y sólo lo que es eterno puede ser tu porción y tu lugar de descanso. Las cosas que perecen con su uso sólo se burlan de nuestros anhelos. No pueden satisfacernos; y aunque nos llenen por un momento, no dura. En las cosas de aquí está inscrita la muerte. La inmortalidad pertenece sólo al mundo que ha de venir, el nuevo cielo y la tierra nueva, en la cual morará la justicia.

Como un barco en el mar. Con todas sus velas, y la brisa soplando a su popa, el navío se presenta a nuestra vista, pasa delante de nuestros ojos a distancia, y luego desaparece. Viene, va, y desaparece del mundo presente, con todo lo que contiene. Unas horas está a la vista, luego desaparece. El ancho mar en que navegaba estaba en calma o bien estaba agitado; pero no queda rastro alguno de su vida o su movimiento o su hermosura una vez ha pasado OH, hombre ¿es este mundo que se desvanece tu única habitación? ¿Están todos tus tesoros, tus esperanzas, tus goces puestos en él? ¿Dónde se hallarán cuando tú hayas ido a la tumba? ¿O dónde estarás tú, cuando te falten estas cosas, cuando hayas sido privado de toda tu herencia, lo que ahora tienes, y te halles en la eternidad? Es una herencia muy pobre, y su corta duración te deja más pobre todavía. ¡OH, escoge la mejor parte, la que no te será quitada!

Como la tienda en el desierto. Los que viajan por las arenas de Arabia saben lo que significa. Al anochecer, una mota pequeña blanca se levanta en la extensión desértica. Es la tienda del viajero. Al levantarse el sol desaparece. Ella y el que la habita se han ido. El desierto está tan solitario como antes. Esto es el mundo. Hoy está, mañana desaparece. OH, hombre, nacido de mujer ¿esta es tu habitación, este es tu hogar? ¿Vas a decir: «Este es mi reposo», cuando te decimos que hay un reposo, un reposo eterno, que queda para el pueblo de Dios?

EL MUNDO PASA. Éste es el mensaje del cielo. Toda carne es como la hierba, y su hermosura como la flor del campo.

EL MUNDO PASA. Pero el hombre es inmortal. La eternidad está en el futuro de cada hijo de Adán y esta será la duración de su vida. ¡En la luz o en las tinieblas para siempre! ¡En el gozo o en la aflicción para siempre!

EL MUNDO PASA. ¿Y qué entonces? Ésta es la pregunta que afecta profundamente al hombre. Si el mundo ha *de* desaparecer, y el hombre ha de vivir para siempre, ¡cuan importante es que sepa adonde va y dónde ha de estar para siempre! «Un célebre médico, tratando de animar a un paciente desanimado le dijo: «Trata la vida como si fuera un juego.» Éste fue un pobre consejo. Porque la vida no es un juego, ni el tiempo es un juguete de niños para desperdiciarlo. La vida aquí es el comienzo de la vida que no termina; y el tiempo es la puerta a la eternidad.

Y ¿qué entonces? Tienes que asegurarte un hogar en aquel mundo al que has de ir pronto. No tienes que salir de esta tienda sin haberte asegurado de la posesión de la ciudad que tiene fundamentos y cuyo Arquitecto es Dios. Cuando lo hayas hecho, puedes echarte en tu lecho de muerte en paz. Hasta que lo hayas hecho, no puedes vivir ni morir en paz. Uno que había vivido una vida mundana al fin estaba a punto de morir; y cuando llegó el fin pronunció estas terribles palabras: «Estoy muriendo, y no sé adonde voy.» En circunstancias similares otro exclamó:

«Dentro de una hora estaré en la eternidad, y todo es oscuro.» ¡OH, hombre mortal, despierta!

¿Cómo puedo estar seguro? preguntas. Dios hace mucho tiempo que ha dado respuesta a esta pregunta, y su respuesta está registrada para todas las edades: «Cree en el Señor Jesucristo, y

serás salvo.»

¡Cree en el Señor Jesucristo! «No he hecho otra cosa en todo momento», dices. Si esto es verdad, entonces, puedes estar seguro de que eres salvo. Pero ¿es de veras así? ¿Ha sido tu vida la de una persona salvada? No, verdaderamente. Ha sido una vida entregada totalmente a la vanidad. Entonces, puedes estar también seguro, que tu alma vivirá, pero como no has creído, no eres salvo.

« ¿No puedo hacer nada, pues, en este gran asunto de mi perdón?» Nada. ¿Qué puedes hacer? ¿Qué obra tuya puede comprar el perdón, o hacerte apto para el favor divino? ¿Qué obra ha ordenado Dios que hagas para obtener la salvación? Ninguna. Su Palabra es bien clara y puede ser entendida fácilmente: «Mas al que no obra, sino que cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia (Ro. 4:5).

Sólo hay una obra por medio de la cual puedes ser salvado. Esta obra no es tuya, sino que es la obra del Hijo de Dios. Esta obra es completa —ni se puede añadir ni sacar nada de ella— perfecta para todas las edades, y Él te la presenta, para que tú te valgas de ella y puedas ser salvo. « ¿Y está esta obra a disposición mía, tal como soy?» Sí, está a tu disposición. Dios te la lleva a la puerta; y la única forma en que puedes hacerle honor es aceptándola, y tomándola como base de tu eterna salvación. Honramos al Padre cuando consentimos en ser salvos enteramente por la obra completa de su Hijo; y honramos al Hijo cuando consentimos en aceptar su obra consumada en lugar de nuestras obras; y honramos al Espíritu Santo cuya misión es glorificar a Cristo, cuando escuchamos lo que Él nos dice respecto a la obra consumada «una vez por todas en la cruz».

El perdón por medio del hombre Cristo Jesús, que es el Hijo de Dios, así como el Hijo del hombre. Éste es nuestro mensaje. Perdón, por medio de la obra de uno que llevó el pecado y que Él realizó en favor de los pecadores sobre la tierra. Perdón para el peor y el más malvado de ellos, el que está más alejado de Dios. Perdón completo, pleno; sin excepción, ni condiciones o la posibilidad de revocación. Perdón gratuito e inmerecido, gratuito como el amor de Dios, gratuito como el don de su amado Hijo. ¡Perdón sin restricciones, de todo corazón, y con gozo, como el perdón del padre que se deja caer sobre el cuello del pródigo! Perdón simplemente por el hecho de creerlo; porque «por medio de Él todo el que cree está justificado de todas las cosas».

¿Sería posible hacer la salvación más gratuita? ¿Sería posible traer la salvación más cerca? ¿Podría Dios mostrar de modo más pleno su sincero deseo de que no tengas que perderte, sino ser salvo, que no tengas que morir, sino vivir? Hay salvación en la cruz, y no la hay en ninguna otra parte. Ningún fallo en lo que esperamos en este mundo que pueda apagar la esperanza que se revela en ella. La cruz brilla más esplendorosa en el día malo. En el día de perspectivas oscuras, de aflicciones y cargas pesadas y de penas, cuando los amigos nos abandonan, y cuando las riquezas desaparecen, cuando la enfermedad nos oprime, y cuando la pobreza llama a la puerta, la cruz brilla aun con luz más clara, y nos habla de una luz que ilumina las tinieblas de este mundo, de Aquél que es la luz, que ilumina el mundo.

VIII

¿QUÉ PASARÍA SI ESTAS COSAS FUERAN VERDAD?

John NEWTON tenía una madre muy piadosa, que murió cuando el niño tenía sólo siete años. Ella le había enseñado a orar, ya, y había sembrado en el corazón del pequeño la semilla de su

futura vida espiritual.

Cuando niño fue criado de modo que las cosas de Dios y lo eterno, pesaran mucho en su mente; pero estas impresiones se borraron, y entró en una vida de desenfreno. Parecía como si hubiera roto las amarras y se deleitara sólo en hacer lo malo.

Estando en este estado impenitente, se cayó del caballo un día, y estuvo en grave peligro, pero su vida fue preservada. Entonces su conciencia se despertó otra vez, y tembló ante la idea de tener que aparecer ante Dios, como pecador y sin estar preparado. Bajo este temor abandonó sus pecados durante un tiempo y su vida profana y su modo de hablar; pero la reforma fue sólo exterior y duró poco.

En otra ocasión, se apoderó de él el temor de la ira de Dios, y empezó a vivir, por lo menos él así lo creía, una vida muy religiosa. Pensaba hacerse justo, y con ello ganar el favor de Dios. Pasaba mucho tiempo leyendo las Escrituras; orando; ayunando; apenas se atrevía a hablar, para no pronunciar ninguna palabra vana o pecaminosa. Desconocía la justicia de Dios, y estaba decidido a seguir la suya propia, por medio de la cual esperaba pacificar su conciencia, y librarse de su temor de la ira venidera.

Este estado de ánimo duró un par de años aproximadamente, y de nuevo renunció totalmente a la religión y se hizo un infiel. Ahora se lanzó a toda clase de pecados; y sólo conseguía hacerse más desgraciado. Entró en la trata de esclavos, y participó personalmente en la horrible infamia. Quedó reducido a la completa miseria: se moría de hambre, pecaba y blasfemaba, su corazón estaba endurecido y su conciencia cauterizada. Era de veras un hijo pródigo, desperdiciando la sustancia que poseía en una vida licenciosa, pero todavía no había «entrado en sí» y dicho: «Me levantaré e iré a mi padre.» Muchas veces pasó serios peligros en tierra y mar. Una vez estaba bailando medio borracho en la cubierta, su sombrero se cayó por la borda, e iba a lanzarse tras él al agua, pero fue contenido por sus compañeros. Así se lanzaba al pecado, como luego él mismo describe en uno de sus himnos:

«Me deleité mucho tiempo en el mal, sin temerlo, y sin avergonzarme.»

Un día halló un libro religioso a bordo, lo tomó, y lo miró, y sus ojos quedaron fijos en una pregunta, ¿QUÉ PASARÍA SI ESTAS COSAS FUERAN VERDAD? La idea le dejó aterrorizado, y cerró el libro. Se fue a su hamaca aquella noche como de costumbre, decidido a sacar esta solemne pregunta de su mente. En medio de la noche fue despertado por las olas. Se había levantado una tremenda tempestad y el mar barría la cubierta del barco, y la cabina en que se encontraba se estaba llenando. Todo el mundo estaba gritando: «El barco se hunde.» Todo era confusión y terror. Trató de ir a cubierta y al llegar a ella, el capitán que estaba allí, le mandó que fuera a buscar un cuchillo. Fue a buscarlo, y otro marinero que estaba subiendo la escalera fue arrastrado por una ola.

Todo este desbarajuste trajo a su mente recuerdos de días pasados; el recuerdo de aquellos a quienes había amado, y con ello su corazón empezó a ablandarse. Durante cuatro semanas el barco era echado de un lado para otro por la tormenta y él estaba a veces en el timón, y otras en las bombas, pero las olas del Espíritu iban también rompiéndose sobre él. Y día y noche, estaba exclamando: «Señor, sálvame, porque perezco»; y «Dios de la Biblia, perdóname por amor a tu Hijo»; y «Dios de mi madre, Dios de misericordia, ten misericordia de mí».

Esta tempestad fue para John Newton lo que el terremoto había sido para el carcelero de Filipos; le puso de rodillas. Le puso sus pecados delante. Le puso delante su eterna ruina. Le llevó a la cruz de Cristo. El himno del cual hemos citado dos líneas sigue relatando su experiencia:

«Me deleité mucho tiempo en el pecado sin preocuparme de vergüenza o temor, hasta

que UN NUEVO OBJETO ante mis ojos, detuvo mi carrera desastrada.»

El «nuevo objeto» que se puso delante de sus ojos, cuando estaba en el timón o andaba por cubierta, cuando las olas se lanzaban sobre él, fue el Cristo crucificado. La cruz y el Hijo de Dios allí, llevando nuestros pecados, estaba delante de él, en el resplandor del amor divino. Por esto canta:

«Vi a uno colgando en el madero en la agonía de la muerte cruel que me miraba con sus ojos tristes, cuando yo estaba cerca de su cruz.»

Como le ocurrió a Simón Pedro cuando el Señor volvió la vista sobre él, lo mismo le ocurrió a John Newton. En ambos casos la mirada de amor derritió la resistencia del pecador:

«Nunca podré olvidar, en tanto viva: la tristeza expresada en la mirada; me pareció acusarme de su muerte, aunque no dijo una sola palabra.»

Esta mirada de amor, santo amor, fue penetrando en su conciencia, haciéndole ver lo vil y ruin de su pecado. El pecado, que hasta entonces había sido para él algo de risa, o había dejado de ser tenido en cuenta, ahora se le presentaba con todos sus terrores. ¿Estaba condenado; estaba perdido; qué tenía que hacer?

«Mi conciencia sentía y admitía el pecado, y me llenaba de desesperación; vi mis pecados, su sangre derramada, y que yo había ayudado a clavarle allí.»

Newton está desesperado; está anonadado. Esta mirada de santo amor le ha dejado hecho pedazos. Esta mirada, le dice: «Tú eres el hombre que has hecho esto; tú me has clavado en el madero; tus pecados han contribuido a que yo esté aquí.» Pero cuando Newton sigue mirando, ve algo más en aquella mirada, y oye la voz de perdón que desciende de la cruz:

Me dio otra mirada, cual, diciendo: Más todo lo perdono de buen grado; esta sangre ha sido tu rescate; la doy para que tú puedas vivir.

Esta segunda mirada nos habla de paz. Newton leyó su perdón en ella; perdón gratuito para el peor de los pecadores, perdón para él «blasfemo negrero» y su conciencia turbada consigue la paz. «He hallado rescate.» Es el mensaje que quita su terror; y este rescate es por medio de la sangre y la muerte del Hijo de Dios. Este rescate es bastante. Dios lo mira y está satisfecho; dice que basta. El pecador lo ve y está satisfecho; dice que es bastante la carga de su culpa es soltada, y cae de sus hombros. Se siente libre de su culpa, del terror, de la esclavitud. Conoce la dicha del hombre que ha transgredido y sabe que su pecado ha sido perdonado. Ha creído y ahora es salvo; es más, sabe que es salvo, porque pone en el haber del cielo lo que está viendo:

Así que, aunque la muerte muestra mi pecado en toda su negrura, tal es el misterio de la gracia que al mismo tiempo sella mi perdón.

Perdón por medio de la sangre del Cordero, perdón al creer en el testimonio que da el Espíritu Santo de la obra terminada de Emmanuel, éste es ahora su lugar de descanso; y toda su vida ha cambiado. Este perdón santo ha hecho de él un hombre santo. Y ahora volvemos al primer pensamiento que le cautivó la atención: «¿QUÉ PASARÍA SI ESTAS COSAS FUERAN VERDAD?»

Ésta es la pregunta que hemos de hacernos nosotros mismos, no menos que él.

Si la eternidad es una realidad, entonces me corresponde prepararme para ella, porque un gozo o un terror sin fin, no son meras fruslerías. Si he de vivir para siempre, he de vivir de tal forma aquí que haga mi vida eterna dichosa. De otro modo, hubiera sido mejor para mí no haber nacido.

Si el pecado es un hecho, entonces no puedo jugar con él; y si Dios lo aborrece en extremo, entonces yo debo aborrecerlo también, y he de librarme de él. He de librarme de él de

la manera determinada por Dios ya que no va a servir ningún otro medio de liberación. Algo que es real y poderoso de modo tan terrible como el pecado, sólo puede ser eliminado con algo tan real y poderoso como él mismo.

Si la cruz de Cristo es verdadera, entonces he de obrar con respecto a ella en consecuencia. La cruz significa muerte para el pecado y vivir para la justicia. Significa una fuente abierta para el pecado y la inmundicia. Es un lugar donde el pecado es llevado por otro en lugar nuestro, de modo que podamos vivir por la muerte de este otro, y ser perdonados por la condenación de otro. Mi aceptación de la gran obra hecha es mi liberación de la ira, de la muerte y del pecado. No tengo que obrar para ser perdonado: lo soy gratuitamente, y sin pago. No se me dice que espere para obtener el perdón: lo consigo al instante como un don completo concedido sobre todo aquel que acuda a Dios pidiéndolo, y aceptándolo en la forma designada. Si todas estas cosas son verdad, entonces debo tomarlo en serio. Todo está relacionado con Dios y con Cristo, con el pecado y el perdón, con la vida y la muerte, con la ira y el favor, con la eternidad y el tiempo; es de una importancia capital y debo resolver estas cosas sin dilación. Si no lo tomo en serio, soy un necio; porque; qué beneficio será para mí si gano todo el mundo y pierdo el alma? He de buscar lo que he de hacer, en el momento apropiado y en la forma apropiada. He de ir directamente a Dios para hallar lo que quiero; he de encontrarle a Él en la cruz.

Conocí a una persona que estuvo buscando toda su vida, y con todo nunca parecía encontrar lo que buscaba. Trataba de ser feliz, pero no sabía cómo conseguirlo. Era rico y tenía lo que quería dentro de lo que el mundo podía proporcionarle. Iba de un sitio a otro en búsqueda de placeres. Vivió una vida larga, y la pasó en medio del lujo, comiendo, bebiendo, y divirtiéndose. Tenía tierras; amigos, una casa llena de cuadros y estatuas, todo lo que el arte podía proporcionarle. Con todo, sus ojos tristes decían que no era feliz. La vida parecía carecer de gozo para él; a pesar de que se pasaba el día, de la mañana a la noche, en busca de goces. Acabó su vida desgraciado e infeliz, a pesar de sus posesiones y placeres. Murió a los ochenta, y no creo que tuviera un día feliz. Vivió en vano, para él y para los demás. ¿Quieres ser feliz, amigo? Tienes que ir a Dios en busca de su amor y su gozo. Este mundo, con sus riquezas y sus placeres no hará nada por ti. No puede darte paz. Pero el Dios que te hizo puede darte paz: su propia paz que satisface. Ve a Él inmediatamente y Él te la dará. Él da generosamente, y no reprocha.

¿Quieres estar seguro? Tienes que buscar tu seguridad en el Hijo de Dios y bajo la protección de la cruz. En Él sólo puedes ser salvo. Su cruz es un escudo y un escondedero para el tiempo y la eternidad. El tiempo va a pasar pronto; va a sonar la última trompeta y tienes que presentarte delante del trono del juicio de Cristo, para dar cuenta de tus actos hechos en el cuerpo. Busca inmediatamente seguridad en Cristo Jesús, el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Él puede salvar hasta lo sumo a todos los que acuden a Dios por Él. Él espera al pecador. Él le ama y le bendice. Ve a Él ahora, y resuelve con Él este asunto de tu alma. Habíale de modo claro, ferviente y sincero. Él no te dejará marchar vacío.

IX LAS EDADES DE LA VIDA FUTURA

«Las edades de la vida futura.» ¿Qué significan para mí? ¿Cuánto van a durar?

Entramos en el nuevo año haciéndonos estas preguntas; porque nuestros días se avanzan rápidamente; nuestra vida es breve, su fin se acerca, y parece a veces que tenemos ya a la vista la tumba en que seremos depositados, y que podemos leer nuestros nombres en la losa, con el texto

debajo: «El hombre como la hierba son sus días; florece como la flor del campo, que pasó el viento por ella, y pereció, y su lugar no la conoce más» (Sal. 103:15, 16).

La muerte ha llegado cerca de nosotros durante el pasado año. Sus aldabonazos en la puerta han sido recios. Su trompeta ha dado un sonido bien claro. Hemos visto que seiscientos hombres durmiendo han sido engullidos por las olas, cuando el barco de guerra que tripulaban se ha hundido como si fuera un juguete. Algunos de ellos estaban preparados. Desde el barco fueron recogidos por los botes de salvamento eternos y llevados al puerto adonde querían ir (Jn. 6:21); a ellos Dios los traerá con Jesús, porque durmieron en Él (1 Ts. 4:14). Otros no estaban preparados, y no tuvieron tiempo para hacerlo; ni aun el breve tiempo corriente en un naufragio común; ni aun las pocas horas que fueron concedidas al ladrón en la cruz.

¡Prepárate, OH, hombre, para ir al encuentro de tu Dios!

El gobernador de París recientemente requirió del alto mando alemán que indicara el tiempo en que iban a bombardear la «ciudad de la luz». El mando alemán se negó. No iba a darse aviso. En cualquier momento, cuando París menos lo esperara, podía empezar el fuego, y comenzar la espantosa lluvia de muerte. Así, OH hombre, será para ti. Es en vano que pidas avisos, una idea de cuando va a venir el enemigo. No va a haber avisos, excepto los que son comunes a todos; y éstos, quizás, hasta ahora, tú los has despreciado. Nunca es demasiado tarde realmente, para mirar a la serpiente de bronce, en tanto que tu ojo puede ver, aunque sea de modo indistinto al Sanador glorioso. Nunca es demasiado tarde para dirigirse, con los pecados al glorioso Hijo del Altísimo, en tanto que estés a este lado del gran abismo. Nunca es demasiado tarde, en tanto que estés aquí, para ser lavado por la sangre, para ser vestido de justicia, para recibir el perdón, para beber del agua de vida. Pero es muy poco probable que aquellos que han olvidado estas cosas en la vida las recuerden cuando la hora oscura de la muerte caiga sobre ellos. Cuan difícil, incluso recordar el trato con las cosas divinas, captar la gracia del evangelio, captar la paz y salud de la cruz, entre el dolor, el agotamiento, la debilidad de la vida física que se disuelve.

Los paganos antiguos no erigían altares a la muerte, entre los muchos altares a sus dioses, conocidos y desconocidos. Sabían que el último enemigo era inexorable. No podía ser sobornado. Era inútil rogarle. No perdonaba. Asegura, pues, OH hombre, la vida más allá de la muerte, creyendo en Aquel que es la «vida eterna». Así será la muerte transformada de enemigo en amigo. Se dice que en tiempo antiguo, alguien, viendo a un artista pintando la muerte con un esqueleto con una gran guadaña, dijo: «Amigo, ¿no sería mejor que la pintaras como un ángel con una llave de oro?» Para el hombre que no conoce la cruz, y el perdón que fue completado allí, la muerte tiene que ser el esqueleto con la guadaña. Para el hombre que ha hallado la vida y la paz al creer el testimonio divino de la gran víctima expiatoria, la muerte es el ángel con la llave de oro. ¿Cuál de estos dos va a ser para ti, OH amigo inmortal? «El que venciere no recibirá daño de la segunda muerte.» ¿Es ésta tu esperanza? ¿Es éste un texto que vas a colocar debajo de la almohada en tu lecho de muerte? O, si no has de tener almohada, sino una ola, o quizás, el césped rojo del campo de batalla, ¿podrás descansar sobre este texto cuando se te llame de aquí, quizás en un momento, para recibir el eterno juicio?

Un antiguo ministro murió con estas palabras en sus labios: «Estoy lleno de las consolaciones de Cristo.» Otro cristiano exhaló su último aliento con: «Salvo bajo la sombra de sus alas.» Otro habló de su sentimiento interior en la hora de la muerte como: «Una paz como un río.» Melancton, cuando se le preguntó al morir si quería algo, contestó: «Nada, sino el cielo.» Baxter cuando se le preguntó al partir cómo se hallaba, contestó: «Ya casi bien.» Grimshaw de Haworth, cuando se le hizo la misma pregunta replicó: «Tan feliz como pueda serlo en la tierra,

y tan seguro de la gloria como si ya estuviera en ella; no tengo nada que hacer sino dar un paso desde esta cama al cielo.» El Dr. Judson dijo: «La muerte no puede tomarme por sorpresa, me siento seguro en Cristo.» Otro cristiano murió con estas palabras en los labios: «Nunca me he sentido más cerca del Señor Jesucristo como en este momento.» Otro, repitió estas palabras, varias veces: «La muerte no tiene aguijón, Cristo se lo ha arrancado.» Otro exclamó: «Si este es el valle de sombra de muerte, no hay oscuridad en él, todo es luz.»

«DEJADME MORIR LA MUERTE DE LOS JUSTOS, Y QUE MI FIN SEA ASÍ.»

Al que lee estas páginas es posible que le quede poco tiempo. «Este mismo año morirás», fueron las terribles palabras que salieron de los labios de un profeta. Y aunque no venga ningún profeta a hacer sonar su trompeta a tu oído, no es menos verdad que este año puede ser el último que pases en la tierra.

Lo sea o no, te hablo como quien vive todavía sobre esta tierra, y a quien, por tanto, llega el evangelio, en su gracia abundante. Te habla una criatura mortal; habla a tu alma inmortal. Habla palabras de gracia; con todo, te insta a que te apresures. Te indica la puerta abierta de la ciudad gloriosa; con todo, te dice que esta puerta puede cerrarse en cualquier momento. Te habla de vida eterna por medio de Aquel que murió y resucitó. Te asegura que todo aquel que cree vivirá.

Estas cosas, que son lo que constituye las «buenas nuevas» para los pecadores, Dios las ha dado a conocer ampliamente. No tenemos dificultades para hallar lo que es «el evangelio de la gracia de Dios». En amor, Él dio a su Hijo, como portador de nuestros pecados; como «Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo». En amor, Él ha escrito para nosotros toda la historia de la vida y la muerte de esta vida víctima expiatoria. «El Verbo se hizo carne» en Belén; el Hijo de Dios allí pasó a ser verdadero hombre, hueso de nuestros huesos, carne de nuestra carne. Allí Aquel que no conoció pecado fue puesto bajo la carga de nuestros pecados. Porque el pecado es tan malo, y Dios es tan justo, y la ley es tan santa que, o bien nosotros tenemos que llevar nuestros pecados u otro tiene que llevarlos por nosotros; no pueden permanecer impunes. Tiene que haber un sustituto, si ha de haber salvación. Durante treinta y tres años, «el Hijo de Dios» habitó entre nosotros, diciendo palabras de gracia, haciendo obras de misericordia, revelándonos a Dios, llevando a cabo su gran obra de amor, y completando la gran propiciación por el pecado. Subió a la cruz para ser nuestra víctima expiatoria; descendió a la tumba como tal; se levantó al tercer día, habiendo hecho ya la obra completa, la cual había sido aceptada por el Padre como tal. «Fue entregado por nuestras ofensas, y resucitado para nuestra justificación.» «Sufrió, el Justo por los injustos, para llevarnos a Dios.» Él ha hecho la paz por la muerte de su cruz.»

Toda la perfección de la persona y la obra de Cristo es presentada ahora al pecador, para que éste la reciba y sea salvo por ella. El Evangelio le llega con la obra completa del Sustituto, y le insta para que acepte esta obra; de modo que en el simple aceptar lo que Dios le presenta, puede hallarse en una nueva relación y estado, a saber, el de la perfección de Cristo, en vez de su propia imperfección.

De esta forma instamos a cada uno de los lectores de estas líneas a que acepte los tesoros del Evangelio. Nos habla de la plenitud de Cristo, del acceso abierto que hay para ti, pecador, para toda plenitud. Te da la bienvenida al propiciatorio, a pesar de que eres indigno. Te hace señas con la mano anhelante para que te vuelvas a Dios y entres en la ciudad de refugio. Contiene buenas nuevas, las mejores nuevas para los hijos de los hombres, y todo se resume en «CREE SOLAMENTE».

«LAS EDADES FUTURAS.» Quizá los ojos de alguien que ha perdido recientemente a un ser querido descansan sobre estas líneas. Echa tu aflicción y tu pena sobre Jesús, que es el que

lleva la pena, como lleva nuestra culpa; y mira hacia adelante a la ciudad de la luz, donde no pueden residir las tinieblas, ni hay penas ni lloro; y donde las lágrimas son enjugadas de los ojos. Los días de tu luto van a terminar. La noche terminará, y aparecerá la estrella de la mañana. Cristiano que estás apenado, apóyate en tu Salvador, y deposita tus penas sobre su pecho. Una señora, misionera en Persia, estaba enseñando una clase de personas interesadas allí. Agotada por la fatiga de un día muy ocupado, apenas podía tenerse derecha. Uno de los convertidos, observó su debilidad, se colocó detrás de ella como una almohada diciendo: «Apóyese en mí.» La maestra se apoyó un poquito, pero no se atrevía a apoyarse más. La misma voz repitió: «Sí me quiere, apóyese de firme.» OH, cristiano apenado, apóyate en Jesús. Él te dice: «Si me amas, apóyate de firme.»

«LAS EDADES FUTURAS.» ¡Cuan pronto van a estar aquí! Con sus riquezas de gozo, de cánticos, de fulgor, pronto estarán aquí. Entonces se reunirán los que han sido separados, y la comunión perdurará para siempre, el descanso no tendrá su fin, el sol nunca se pondrá ¡pronto estarán aquí! La labor terminada, la victoria ganada; el trabajo finalizado; con las vejaciones y el cansancio que habrá desaparecido como un sueño en la noche; nuestras heridas estarán todas restañadas, el dolor del corazón curado; la pesadez de nuestro espíritu, cambiado en júbilo; nuestra ignorancia olvidada en la sabiduría y conocimiento divino, y nuestras débiles rodillas fortalecidas, y nuestra frente arrugada, alisada por la misma mano tierna que enjugará todas las lágrimas de nuestros ojos; ¡todas las imperfecciones de la tierra desaparecerán en la perfección del cielo!

La llegada de estas cosas puede estar más cerca de lo que pensamos. Porque «Él vendrá y no tardará.» «¿Qué clase de personas tendríamos que ser, pues, en toda santidad de conducta y de piedad?» ¡Sin duda somos llamados a un estilo de vida cristiano más elevado! ¡Cuánto más santos, más llenos de oración, más apartados del mundo, más abnegados, más amantes y espirituales, deberíamos ser todos los que llevamos el nombre de Cristo! Seremos como Él, cuando le veamos como Él es. ¿No hemos de procurar ser como Él, en tanto que estamos aquí? ¿Qué es lo que nos hace santos? La intimidad con Jesús. ¿Qué es lo que hace crecer la gracia? Nuestro trato abundante con Jesús. ¿Qué es lo que nos mantiene firmes? El apoyarnos en el brazo de Jesús. ¿Qué es lo que nos consuela en la aflicción? «El descansar en el pecho de Jesús. Porque Cristo lo es todo en todos; y nosotros lo tenemos todo en Él. Procuremos honrar su plenitud recibéndole plenamente y gozando su amor.
